



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

—¿Verdaderamente que no osó decir: amigo Keraban!

—Sí..... sin duda..... Pero ántes tengo que rogáros que me prestéis algun dinero.....

—¿Dinero! ¿Qué dinero?.....

—Una pequeña suma..... que os devolveré..... en Constantinopla.....

—¿Una pequeña suma?

—Ya sabéis que he partido casi sin dinero..... y como usted se ha encargado generosamente de los gastos de viaje.....

—Esos gastos me corresponden.

—¿Sea!..... No quiero discutir.....

—No os hubiera dejado gastar ni una sola libra—respondió Keraban;—ni una!

—(Yo estoy muy reconocido—respondió Van Mitten;—pero hoy no me queda ni un solo para y me veo obligado.....

—No tengo dinero que prestaros—respondió secamente Keraban—; no me queda más que lo suficiente para concluir nuestro viaje!

—¿Sin embargo..... me daréis?.....

—¿Nada, os he dicho!

—¿Cómo?.....—dijo Bruno.

—¡Creo que Bruno se permite hablar!.....—dijo Keraban con un tono lleno de amenazas.

—Sin duda—replicó Bruno.

—Cállate, Bruno—dijo Van Mitten—que no queria aquella intervencion de su sirviente pudiese estropear la cuestion. Bruno se calló.

—Mi querido Keraban—repuso Van Mitten—después de todo, no se trata más que de una suma relativamente pequeña que me permitirá residir algunos dias en Trebisonda.

—Pequeña ó no, señor—dijo Keraban—no aguardéis nada de mí!

— ¡Mil piastras serán suficientes!....

— ¡Ni mil, ni ciento, ni diez, ni una! — respondió Keraban que comenzaba á encolerizarse.

— ¡Qué, nada!

— ¡Nada!

— Para entonces....

— Entonces no os resta más que continuar el viaje con nosotros, señor Van Mitten. No os faltará nada. Pero en cuanto á prestaros una piastra, un para, medio para, para permitirnos pasear á vuestro gusto.... ¡jamás.

— ¿Jamás?....

— ¡Jamás!

El modo con que aquel a jamas se fué pronunciado, era lo bastante para que comprendiesen Van Mitten y aun Bruno que la resolución del testarudo era irrevocable. Cuando había dicho que no, eran diez veces no!

Van Mitten quedó particularmente herido por aquella negativa de Keraban, por otra parte su corresponsal y hasta hacía poco su amigo, sería difícil explicarle tanto el corazón humano, y particularmente el corazón de un holandés, flemático y reservado y lleno de misterios. En cuanto á Bruno, estaba abrumado. ¿Verse obligado á viajar en aquellas condiciones y tal vez en peores todavía? ¿Sería necesario proseguir aquel absurdo camino, aquel insensato itinerario, en carro, á caballo, á pié, quién sabe? ¡Y todo esto por conveniencia de un testarudo oscuri, ante el que temblaba su señor! Sería necesario perder, en fin, lo poco que le quedaba de vicante, mientras que el señor Keraban, á despecho de las contrariedades y fatigas, continuaría en una redondez majestuosa!

Si, ¿pero qué hacer? Así es que Bruno, no teniendo otro recurso que gritar, se puso á hacerlo en un rincón. Por un momento pensó en quedarse solo, abandonar á Van Mitten á todas las consecuencias de semejante tiranía. Mas la cuestión del dinero se antepone á él, como se había antepuesto á su señor, el que no tenía ni aun para pagar sus gastos. Por lo tanto, ¡era necesario seguirle!

Durante aquellas discusiones, la *cabota* caminaba pesadamente. El cielo, horriblemente cargado, parecía confundirse con el mar. Los ensordecedores bramidos de la resaca indicaban que el mar se iba alborotando. En el horizonte, el viento soplabá ya tempestuosamente.

El postillon apresuraba los caballos. Los pobres animales andaban pensativo. Ahmet les excitaba por su parte, tanto deseó tener de llegar á Atina; pero que les alcanzase la tempestad, esto ya no cabía la menor duda.

El señor Keraban con los ojos cerrados no hablaba ni una palabra. Aquel silencio no le gustaba á Van Mitten, que hubiese preferido alguna barbaridad de su antiguo amigo. Sentía todo el rencor que este debía guardar contra él. ¡Y si alguna vez estallaba, sería terrible! Así es que Van Mitten no se calló, y aproximándose á la oreja del señor Keraban, de modo que Bruno no le oyese, dijo:

— ¿Amigo Keraban?

— ¿Qué hay? — preguntó Keraban.

— ¿Cómo ha podido ceder á la idea de abandonar ni por un momento? — repuso Van Mitten.

— ¿Sí, cómo?

— ¡Verdaderamente, no lo comprendo!

— ¡Ni yo! — respondió Keraban.

Esto fué todo; mas la mano de Van Mitten buscaba á la de Keraban, que acogió aquel arropamiento con un buen apretón de manos, del que los dedos del holandés debían llevar largo tiempo la señal.

Eran entonces las nueve de la noche. Esta se iba haciendo muy sombría. La tempestad acababa de empezar con extrema violencia. La borrasca llegaba á ser tan fuerte, que muchas veces se temió que la araba no fuese arrastrada á la costa. Los caballos, aterrorizados, se detenían á cada momento, se embriaban, retrocedían, y el postillon no podía sujetar los fácilmente.

¿Qué sucedería en aquellas circunstancias? No podían detenerse, sin ningún abrigo, en aquel derrumbadero, azotado por los vientos del Oeste. Faltaba todavía media hora para llegar á Atina.

Ahmet, muy inquieto, no sabía qué partido tomar, cuando un recodo del camino un viva resplandor apareció, como á un tiro de fusil. Era la luz del faro de Atina, construido sobre un precipicio, ántes del pueblo, y que proyectaba una luz bastante intensa en medio de la oscuridad.

Ahmet tuvo la idea de pedir para aquella noche hospitalidad á los guardianes, que debían estar en su puesto.

Llamó á la puerta de la caseta construida al pié del faro.

Algunos instantes después el señor Keraban y sus compañeros no hubieran podido resistir á los ataques de la tempestad.

III.

EN EL QUE BRUNO HACE UNA MALA JUGADA Á SE CARMARADA NIZIN, QUE EL LECTOR PERDONARÁ.

Una grósera casa de madera dividida en dos habitaciones con ventanas que dan al mar, no púese hecho de vigueta, soportando un aparato de entopries, es decir, una linterna de reflectores, y dominada al techo, por unos sesenta pies, tal era el faro de Atina y sus dependencias. Nada más rudimentario.

Pero, tal como era, esta luz hacía grandes servicios á la navegación en medio de aquellos parajes. Su fundación no databa más que de algunos años. Así, antes que los peligrosos pasos del pequeño puerto de Atina que se extiende más al Oeste se abriesen, ¡cuántas embarcaciones hubian fondeado en aquella especie de saco del continente asiático! Bajo el impulso de las brisas del Norte y del Oeste, un steamer apenas puede navegar, á pesar de los esfuerzos de la máquina mejor dicho, un barco de vela que no puede ir más que en sentido contrario al viento.

Dos guardianes se instalaban continuamente en la caseta de madera construida al pié del faro: su primera habitación les servía de sala común; una segunda contenía los dos cánteros, que no ocupaban para los

dos, estando uno de ellos de guardia cada noche, tanto para el cuidado de la luz como para el servicio de señales, cuando alguna embarcacion se aventuraba sin piloto en los pasos de Atina.

A los golpes de fuera, la puerta de la caseta se abrió. El señor Keraban, bajo la violenta impulsión del huracan (¡ él mismo era el huracan !) entró pre-

cipitadamente, seguido de Ahmet, de Van Mitten, de Bruno y Nizib.

—¿ Qué queréis ? —dijo uno de los guardas, al que se reunió su compañero, despertado por el ruido.

—Hospitalidad para esta noche—respondió Ahmet.

—¿ Hospitalidad ? repuso el guarda.—Si no es más que un abrigo el que buscáis, la casa está abierta.



La puerta de la caseta se abrió.

—Un abrigo, para aguardar el día—respondió Keraban—y con qué aplacar nuestro apetito.

—Sea—dijo el guarda;—pero mejor hubierais estado en cualquier posada de Atina.

—¿ A qué distancia se halla ese pueblo ? —preguntó Van Mitten.

—A media legua del faro—respondió el guarda.

—¿ Andar media legua con este horrible tiempo ! exclamó Keraban.—¡ No, mis bravos compañeros, no !..... ¡ Hé aquí bancos sobre los que podremos pasar la noche !..... Si nuestra araba y nuestros caballos pueden abrigarse detras de vuestra caseta, será todo lo que nos hace falta..... Mañana, cuando sea de día,

irémos á Atina, y que Allah nos ayude para encontrar algun vehiculo más conveniente.....

—Más rápido, sobre todo—añadió Ahmet.

—Y menos rudo—murmuró Bruno entre dientes.

—..... que esta araba, de la que no podemos hablar mal—replicó el señor Keraban, que arrojó una severa mirada al rencoroso sirviente de Van Mitten.

—Señor—repuso el guarda—os repito que nuestras habitaciones están á vuestra disposicion. ¡ Cuántos viajeros han buscado asilo contra el tiempo, y se han contentado.....

—Por eso nosotros sabemos contentarnos tambien—respondió Keraban.

Y dicho esto, los viajeros tomaron precauciones para pasar la noche en aquella caseta. En todo caso, no podían ménos de felicitarse por haber encontrado semejante refugio, que por poco confortable que fuese les garantizaba del viento y la lluvia.

Es muy bueno dormir, pero es cuando al sueño precede una comida por poco confortable que sea.

Naturalmente, Bruno fué el que hizo esta observación, recordando que las provisiones de la araba se habían concluido.

—Vamos á ver—preguntó Keraban—¿qué tenéis que ofrecernos, mis bravos guardianes, pagando se entiende?

—Bueno ó malo—respondió uno de los guardas—tenemos todo lo que hay, y todas las piastras del Tesoro imperial no os habían encontrar aquí otra cosa que lo poco que nos queda de las provisiones del furo.

—Será suficiente—respondió Ahmet.

—¡Si! ¡habrá bastante!—murmuró Bruno, cuyos dientes se alargaban bajo la excitación de una verdadera comida.

—Pasad á la otra habitación—respondió el guarda.—Lo que hay sobre la mesa está á vuestra disposición.

—Y Bruno nos servirá—respondió Keraban—mientras que Nizib irá á ayudar al postillon á refugiar lo mejor posible de la lluvia y el viento á nuestra araba y sus caballos.

Á una señal de su ama, Nizib salió de allí á disponerlo todo, lo mejor posible.

Al mismo tiempo, el señor Keraban, Van Mitten y Ahmet, seguidos de Bruno, entraban en la segunda habitación y se colocaban delante de un hogar, con madera ardiendo, cerca de una pequeña mesa. Allí, en groseros platos, se encontraban algunos restos de carne fiambré, á los que hicieron honor nuestros viajeros, Bruno los miraba comer tan ávidamente, que parecía pensar que comían demasiado.

—Pero, no hay que olvidar á Bruno y á Nizib—dijo Van Mitten después de un cuarto de hora de un trabajo de masticación, que al servidor del holandés le parecía interminable.

—Cierto—respondió el señor Keraban—no hay razón para que se mueran de hambre más que sus amos.

—En realidad es un buen hombre—murmuró Bruno.

—No es necesario tratarlos como á los cosacos—añadió Keraban. ¡Ah! ¡los cosacos!... ahorraría á ciento.

—¡Oh!—dijo Van Mitten.

—Mil, diez mil, cien mil—añadió Keraban, sacudiendo á su amigo con vigorosa mano.—Mas la noche avanza. Vamos á dormir.

—Sí, será mejor—respondió Van Mitten, que por aquel intempestivo ¡oh! hubiera preferido provocar á una gran parte de las tribus nómadas del Imperio moscovita.

El señor Keraban, Van Mitten y Ahmet volvieron á la primera habitación, en el momento en que Nizib se reunía á Bruno para comer con él. Allí, envueltos en sus mantas, echados sobre los bancos, he-

res bajaron en el sueño el descanso de aquella tempestuosa noche. Pero les sería bien difícil, sin duda, dormir en aquellas condiciones.

Sin embargo, Bruno y Nizib, sentados en la mesa, uno delante del otro, se disponían á terminar concienzudamente con lo que quedaba en los platos y en el fondo de las cacerolas. (Bruno siempre muy dominante con Nizib, y Nizib muy deferente con Bruno.)

—Nizib—dijo Bruno—por mi parte creo que cuando los señores han comido los sirvientes tienen derecho á comerse los restos, cuando quieren ellos desfogarlos.

—Bruno, ¿te pela siempre hambre?—preguntó Nizib.

—Yo, siempre, Nizib, sobre todo cuando hace dos horas que no he tomado nada.

—¡No lo parece!

—¡No lo parece!... ¡Pero no veis, Nizib, que he adelgazado lo ménos diez libras desde hace ocho días! Con mi traje, que me ha llegado á estar muy ancho, podría vestirse un hombre dos veces más grueso que yo.

—¡Verdaderamente, es muy singular lo que os pasa, señor Bruno!; Yo, por el contrario, engordo con este régimen!

—¡Ah, conque engordas!...—murmuró Bruno, que miró á su compañero de reojo.

—Veamos lo que hay en ese plato—dijo Nizib.

—¡Hum!—dijo Bruno—no queda gran cosa... ¡y cuando apenas hay para uno, es seguro que no hay para dos!

—¡En viaje es necesario saber contentarse con lo que se encuentra, señor Bruno!

—¡Ah, te haces el filósofo!—se dijo Bruno—¡Ah, te permites engordar!... tú!

Y trayéndose hacia sí el plato de Nizib, dijo:

—¡Eh! ¿qué diablos os habéis servido?

—No sé, pero se parece mucho á un pedazo de carnero;—respondió Nizib que volvió á coger su plato.

—¿Carnero?...—exclamó Bruno.—¡Eh, Nizib, tened cuidado!... ¡Creo que os equivocáis!

—Lo veremos—dijo Nizib llevándose á la boca un pedazo que acababa de coger con el tenedor.

—¡No, no!...—replicó Bruno cogiéndole de la mano.—¡No os apresuréis!; Por Mahoma, como vos decís, me temo que esto sea de la carne de un animal inmundito! (¡bomando para un toro, pero no para un cristiano!...)

—¿Creéis eso, señor Bruno?

—Permitidme asegurarme, Nizib.

Y Bruno hizo pasar á su plato el pedazo de carne escogido por Nizib; después, bajo pretexto de probarlo, lo hizo desaparecer en algunos bocados.

—¿Y bien?—preguntó Nizib, no sin cierta inquietud.

—Pues bien—respondió Bruno—no me engañaba!... ¡Es puercito!... ¡Horror! ¡Dais á comer puercos!

—¿Puercos?—exclamó Nizib.—¿Está prohibido?

—Absolutamente.

—Por lo tanto, no había parecido!...

— ¡Qué diablo, Nizib, os podéis fiar completamente de un hombre que debe conocer os mejor que vos!

— ¡Entonces, señor Bruno!...

— Entónces, en vuestro lugar, me contentaría con ese pedazo de queso de cabra.

— ¡Está seco! — respondió Nizib.

— ¡Sí... pero tiene un excelente sabor!

Y Bruno colocó el queso delante de su camarada. Nizib comenzó á comer, no sin hacer gestos, mientras que el otro acababa á grandes bocados el manjar más sustancial, impropriamente calificado por él, de puerco.

— Á vuestra salud, Nizib — dijo — sirviéndose un vaso lleno de un contenido que había en una vasija.

— ¿Qué bebida es ésa? — preguntó Nizib.



— ¡No tan de prisa, señor Bruno!

— ¡Hum!... — dijo Bruno — me parece....

— ¿Qué? — dijo Nizib tendiendo su vaso.

— Que hay un poco de aguardiente ahí dentro....

— respondió Bruno — y un buen musulman no puede permitirse....

— Sin embargo, yo no puedo comer sin beber.

— ¡Sin beber.... no!... ¡hé aquí en esta vasija agua fresca, con la que os tendréis que contentar, Nizib! ¡Sois felices, vosotros los turcos, de estar tan acostumbrados á esa bebida tan saludable!

Y mientras que Nizib bebía:

— Engorda — murmuraba Bruno — engorda, muchacho.... engorda....

— Pero hé aquí que Nizib, al volver la cabeza, aper-

cibió otro plato situado sobre la chimenea, y en e que quedaba todavía un pedazo de carne de apetitoso semblante.

¡Ah! — exclamó Nizib — veo donde poder comer más formalmente....

— Sí.... esta vez, Nizib — respondió Bruno — nos lo vamos á repartir como buenos compañeros.... Verdaderamente eso merece la pena á que no os veais reducido á ese queso de cabra.

— ¡Esto debe ser carnero, señor Bruno!

— Así lo creo, Nizib.

Y Bruno, atrayendo el plato hácia sí, comenzó á cortar el pedazo, al que Nizib devoraba con los ojos.

— ¡Y bien! dijo:

— Si..... carnero..... — respondió Bruno — debe ser carnero..... ¡ Por otra parte, hemos encontrado tantos rebanos de esos interesantes cuadrúpedos en nuestro camino !..... ¡ Es de creer que no haya más que carneros en este país !

— ¿ Y bien ?..... — dijo Nizib tendiendo su plato.

— ¡ Aguardad..... Nizib..... aguardad !..... En interés vuestro, vale más que me asegure..... Comprenderéis, que aquí..... á algunas leguas solamente de la frontera..... se usa casi la frontera rusa..... ¡ Y los rusos..... es necesario desconfiar !

— Os repito, señor Bruno, que está vez no hay error ninguno.

— No..... — respondió Bruno que acababa de probar el nuevo manjar — es carnero, y sin embargo.....

— ¿ Eh ?..... — dijo Nizib.

— Se decía..... — respondió Bruno comiéndose hocado tras hocado los trozos que había puesta sobre su plato.

— ¡ No tan deprisa, señor Bruno !

— ¡ Hurra !..... ¡ Si, es carnero..... y sin embargo tiene un sabor tan especial !

— ¡ Ah..... yo lo sabré !..... — exclamó Nizib, que á pesar de su calma comenzaba á picarse.

— ¡ Tened cuidado, Nizib, tened cuidado !

Y al decir esto, Bruno lucía desaparecer precipitadamente los últimos trozos de carne.

— Finalmente, ¿ qué, señor Bruno ?

— ¡ Qué, Nizib..... finalmente..... me he cerciorado..... Teneis razon esta vez !

— ¿ Era carnero ?

— ¡ Verdadero carnero !

— ¡ El que vos habéis devorado !.....

— ¿ Devorado, Nizib ?..... ¡ Ah ! hé ahí una palabra que yo no podría admitir..... ¿ Devorado ?..... ¡ No !..... ¡ Lo he probado solamente !

— ¡ Y yo he hecho una bonita comida ! — replicó Nizib con un tono algo burlón. — Me parece, señor Bruno, que bien me hablerais podido dejar mi parte y no comenla todo, para asegurarnos si era.....

— Carnero, en efecto, Nizib. Mi conciencia me obliga.....

— ¡ Decid vuestro estómago !

— ¡ Á reconocerlo !..... ¡ Despues de todo, no hay por qué incomodarse, Nizib !

— ¡ Mas sí, señor Bruno, si lo hay !

— ¡ No !..... ¡ Hubierais podido comer eso !

— ¿ Y por qué ?

— Porque ese carnero estaba mechado con tocino, Nizib, entendedis bien..... mechado con tocino..... ¡ y que ese tocino no es ortodoxo !

Entonces Bruno se levantó de la mesa frotando su estómago como hombre que ha comido bien : despues entró en la sala seguido del desconfiado Nizib.

El señor Keraban, Ahmet y Van Mitten, echados sobre los bancos de madera, no habían podido todavía reconciliar el sueño. La tempestad redoblabá entonces. Los tabiques de la casa de madera crujían bajo sus ruidos golpes. Podía temerse que el faro fuese amenazado de una dislocación completa. El viento sacudía á la puerta y á las ventanas, tanto, que fué necesario atarlas sólidamente. Pero segun las sacudi-

das del pylon, empotrado en la murella, se oyónda que la violencia de la borrasca se hallaba á cincuenta piés sobre el techo. ¿ Resistiría el faro á aquella impetiosidad, continuaria la luz alumbrando los pasos de Atina, en donde el mar debía estar embrazado ? Había en todo esto una duda llena de eventualidades bastante graves. Era entonces las once y media de la noche.

— ¡ No es posible dormir aquí ! — dijo Keraban, que se levantó y recorrió pensadamente la habitación.

— No — respondió Ahmet — y si la furia del huracán aumenta todavía hay que tener por esta casa. Creo que no será malo prepararse á todo lo que pueda acontecer.

— ¿ Dormis, Van Mitten ; pero podeis dormir ? — preguntó Keraban.

Y fué á despertar á su amigo.

— Dormitaba — respondió Van Mitten.

— ¡ Hé aquí lo que pueden las naturalezas suegudas ! ; Aquí, en donde nadie podría recobrar un instante de reposo, un holandés encuentra el momento para dormir !

— ¡ Jamás he visto semejante noche ! — dijo uno de los guarda. — El viento redobla su velocidad ¡ y quién sabe si mañana las rocas de Atina no estarán cubiertas de despojos de algun naufragio !

— ¿ Es que hay algun buque á la vista ? — preguntó Ahmet.

— No..... — respondió el guarda — por lo ménos ántes de ponerse el sol. Cuando subí al faro para encender la luz, no he apercibido nada en el horizonte. Felizmente, porque los pasos de Atina son malos, y aun con está luz que los alumbra hasta cinco millas del puerto, es difícil pasarlos.

En aquel momento, una ráfaga de aire rochazó violentamente la puerta al interior del cuarto, como si hubiese volado en pedazos.

Pero el señor Keraban se había arrojado sobre la puerta, la había detenido, por decirlo así, hálala echado contra el viento, y llegó á cerrarla con la ayuda del guarda.

— ¡ Qué testaruda — exclamó — pero yo he sido más que ella !

— ¡ Qué terrible tempestad ! — exclamó Ahmet.

— ¡ Terrible en efecto ! — respondió Van Mitten — una tempestad casi comparable á las que se arrojan á nuestras costas de Holanda, despues de haber atravesado el Atlántico.

— ¡ Oh ! — dijo Keraban — casi comparable.

— ¿ Qué pensais, amigo Keraban ? Son tempestades que vienen de América á traves de todo el Oceano.

— ¿ Que el furor del Oceano, Van Mitten, puede compararse al del mar Negro ?

— Amigo Keraban, no quisiera contrariaros, pero verdaderamente.....

— ¡ Verdaderamente, lo buscáis ! — respondió Keraban, que no estaba de muy buen humor.

(Se continuará.)

EL TIGRE BLANCO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

LUIS BOUSSENARD.

—Edmundo tiene un estómago agradecido.

—Yo— interrumpió vivamente Eugenio— he llamado á las picaras rocas....

—Es una cascada, un salto, hijo mío— dijo con gravedad la madre.

—El salto del Igmano.... ¿no se dice igmano, mamá?

—Sí, hijo mío. Cuanto al punto en que nos hallamos, le hemos denominado, salvo mejor opinión, la *culeta de los Cocoteros*. Ya ves, amigo mío, que todos hemos colaborado en esta nomenclatura, que tiene el doble mérito de ser sencilla y de perpetuar nuestros recuerdos.

—Perfectamente, está muy bien— dijo enternecida aquel dichoso padre.— Y tú, Carlitos, ¿no has añadido nada á este importante trabajo?

—Yo soy muy pequeño.... cuando sea mayor, ya verás— dijo el niño empuñándose.

—Y vosotros— preguntó la señora Robin— ¿qué habéis encontrado? ¿Estáis contentos? ¿Ha correspondido el resultado á vuestras esperanzas? Al ver las hollas de las espinas parece que habéis tomado las matorrales por asalto.

—La batalla ha sido ruda, pero el éxito ha coronado nuestros esfuerzos. Por hoy nos hemos propuesto no decir nada. No me preguntéis más.

—¿Es decir, que nos preparáis una sorpresa?

—Sí, pero te suplico me concedas toda la gloria. No hubo necesidad de esperar mucho tiempo. El prescripto y sus compañeros se ausentaron otras dos veces, y al tercer día saltaron de placer los habitantes de la caleta de los Cocoteros al oír estas sencillas palabras:

—Mañana partiremos.

La distancia era pequeña; pero ¿qué camino! si tal puede llamarse un sendero mal trazado con el machete, en medio de una enmarañada confusión de vegetales de todas clases, erizado de tallos cortados á nivel á la altura de las rodillas y cubierto de raíces en forma de pequeñas ojivas muy semejantes á los escribas y á las que los naturales llaman correjas de perro. Aquel ingenioso resbaladero estaba admirablemente construido para caerse á cada instante. Si no se tiene la precaución de levantar bien la pierna

se engancha el pié en el asa y se da de cara contra el suelo con una intensidad proporcional á la rapidéz de la marcha.

No harémos mención de las serpientes, porque Casimiro marchaba el primero golpeando á derecha é izquierda con una larga pértiga. Le sigue Nicolas, llevando en brazos á Carlitos; detras de él va la señora Robin apoyada en una caña de *cumanan*; despues Robin, conduciendo sobre sus robustos hombros á Eugenio y á Edmundo, y por último, Enrique caminando como un hombre. Angoso, armado con su fusil, forma la retaguardia.

El sendero trazado en línea recta empieza á subir á los trescientos metros próximamente, y aunque la cuesta es muy suave, la marcha es penosísima. No importa; nadie dice una palabra, y hasta los niños no exhalan la menor queja.

Despues de una marcha de dos horas interrumpida por un alto, la caravana desemboca en un gran claro situado á media falda de la colina y en una especie de explanada como de doscientos metros de ancho.

La señora Robin lanza una exclamación de alegría á la vista de una gran choza que se destaca graciosamente en medio del espacio descubierto. Los niños olvidan sus fatigas y echan á correr dando gritos de alegría.

—Yo tambien, mi querida y valiente esposa— dijo con profunda emoción Robin, cuya voz temblaba— yo tambien me he ocupado de Geografía durante tu ausencia. He dado á este albergue el nombre de la Buena-madre. ¿Te gusta esta denominación?

—Sí, amigo mío. Soy muy dichosa. ¡Gracias!

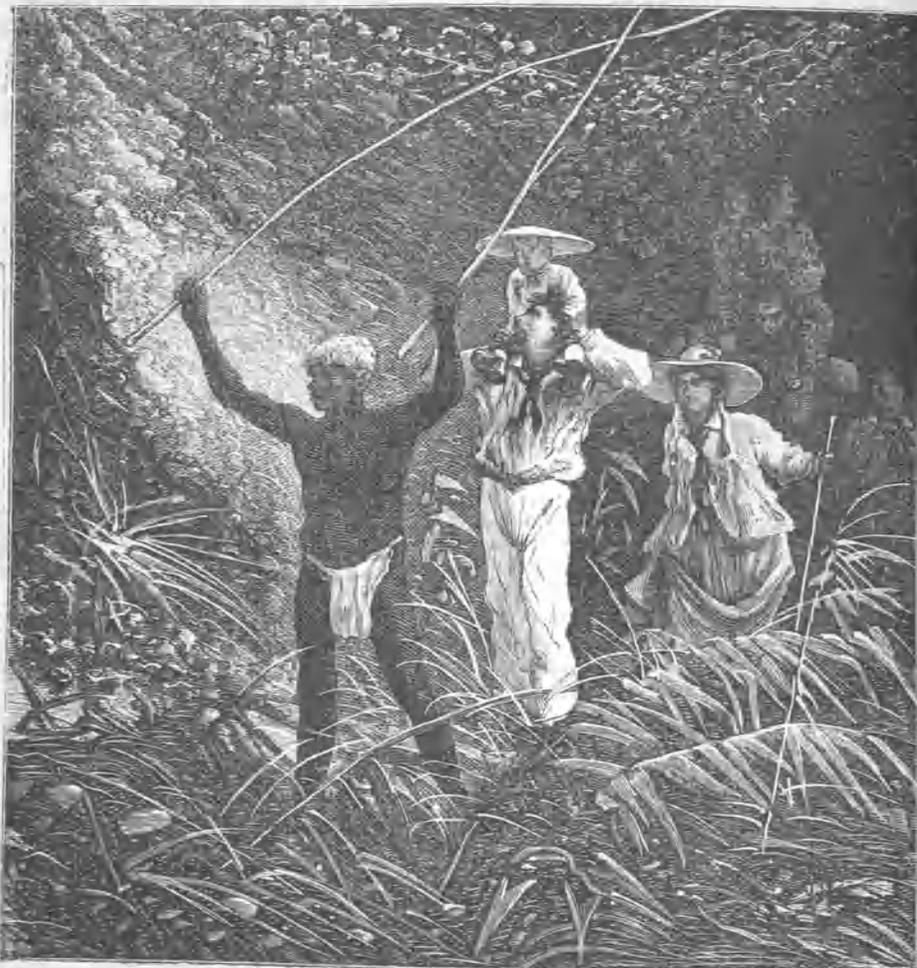
—Ea; entremos en la Buena-madre.

Los tres hombres habían hecho un esfuerzo prodigioso. El boni se convirtió en un maestro de obras colonial, los dedos del leproso poseían una destreza sorprendente, y el ingeniero se había trocado en el presidio en un notable carpintero. La construcción de aquella choza, en la que no había entrado ni un clavo, ni un perno, era una maravilla. Tenía quince metros de largo por cinco de ancho y tres y medio de altura hasta la cubierta. Las paredes, muy ligeras, tejidas con delgados mimbres que permitían el paso al

sire, más no á la lluvia, presentaban cuatro ventanas y una puerta.

Podía desahar impunemente al viento, pues los cuatro pies derechos que firmaban el armazón de la obra eran otros tantos árboles vigorosos sujetos al suelo mediante sus hondas raíces y cuyo tronco esta-

ba serrado á la altura de la techumbre, á quella altura se hallaban unidos con fibras de *arumá* una *diacía*, y éstas á su vez con bejucos. Los pernos usados á veces, las ensambladuras se rompen, pero aquellos bejucos indestructibles valen más que el hierro mejor galvanizado.



Cosmínz muestra al primero.

Sobre el rectángulo insistía una cubierta de hojas de *avi*, cuyos cábricos estaban sujetos en sus extremidades por el mismo procedimiento. Ya hemos hablado del *avi*. Es un hermoso palmisto de tronco muy corto. Sus hojas son compuestas, su nervio principal tiene á veces cuatro metros de longitud, y las hojuelas alcanzan hasta cincuenta y sesenta centímetros, insertándose por ambos lados como las barbas de una pluma. El obrero que quiere hacer una cubierta, deba las hojuelas de un lado sobre las del opuesto tejéndolas por la base á manera de las costuras de los

hortelanos. De este modo obtiene una superficie plana de cuatro metros de largo por cincuenta centímetros de ancho, y la coloca sobre los cábricos manteniéndola sujeta con fibras de *arumá*. Estas hojuelas, trenzadas y superpuestas, constituyen un techo eternamente impermeable, que dura quince años, por lo ménos, y que no sufre deterioro alguno por el viento, por el sol ó por la lluvia. Las hojuelas, de color verde pálido al principio, adquieren con el tiempo un matiz amarillo de agradable aspecto.

Los cábricos sobresalen de las paredes más de dos

metros, á fin de formar una galería cubierta. Por último, la choza está dividida en tres compartimentos. Uno es el dormitorio común de la madre y de los hijos; el del centro servirá de comedor y se podrán colgar en él las hamacas de Robin y de Nicolas. El tercero será el almacén, confiado á la custodia de Casimiro.

El terreno, purificado por el fuego, ya no oculta aquellos incómodos huéspedes que otro tiempo habían elegido su domicilio entre las hierbas y raíces. Los arboleros están perfectamente descubiertos y por todas partes circulan la luz y el aire. Dos hermosos matagos, dos árboles de pan y varias calabazas ofrecen su agradable sombra á la cabaña, y un espeso matorral, cruzado de espinas pero cargado hasta no poder más de esos limoncillos de Guayana de corteza delgadísima, se extienden como un valladar detras del departamento destinado á los niños.

Robin, poseído de cierto orgullo, invitó á los recién llegados á visitar aquella choza. La madre y los niños estaban radiantes de alegría, y el placer se mezclaba en Nicolas á una especie de asombro.

—¿Sabéis, mi amo, que vamos á estar alojados como verdaderos señaldones?

—¡Cual! vuestro entusiasmo, hijo mío; los empujadores tienen mesas, camas, muebles, utensilios de cocina y vajilla, mientras que nosotros no poseemos ni una silla ni una botella.

—¡Hola! es verdad — dijo el parisiense un poco desconcertado.... Nos acostamos en el suelo, comemos con los dedos y beberemos en hojas arrolladas como escudillas. Por el momento será muy divertido, pero os confieso que desearía tener algo de vajilla.

—Ya la haremos, Nicolas; ahora os diré que tenemos árboles que nos proporcionarán una gran batería de cañón.

—Si me lo dijera otro creería que era bromas; pero sí me lo afirmáis.... ¡He visto cosas tan raras!

—Talvez os falta que ver. Pronto veréis cumplidos vuestros deseos acerca de la vajilla. No habrá platos, ni fuentes, pero tendremos que contentarnos. ¿Veis ese árbol que tiene frutos muy parecidos á las calabazas?

—Sí, ya lo he visto.

—Bueno. Pues esos frutos se convertirán en fuentes y en platos.

—Es verdad. Si no me engaño, eso se llama chí en esta tierra.

—Así es. Hagamos lo que hacen sus habitantes.

—No me parece difícil.

—Probatmos, pero creo que no alcanzareis gran resultado si no poseéis el secreto de la fabricacion.

—Ahora veréis.

El jóven se ocupó al momento, y cogió con ambas manos una calabaza tan grande como la cabeza, sujetó á una resaca del grueso de un portaplumas, que se doblaba á punto de romperse. Abrió su navaja y trató de practicar una hendidura en la corteza resistente y lisa, pero fué inútil; la hoja de acero resbaló y hacia cortaduras en forma de zigzag sobre la verde pulpa. Desesperado Nicolas per aquella re-

sistencia, quiso dar un golpe maestro, y metió la punta como si hubiera querido calar un melon.

¡Crac!.... La calabaza se abrió en cinco ó seis pedazos informes, y los circunstantes no pudieron contener la risa. Una segunda tentativa alcanzó el mismo resultado, y tambien iba á fracasar la tercera cuando intervinó la señora Robin.

—Oid, Nicolas — le dijo. — Recuerdo haber leído que los salvajes abrían con mucha facilidad las calabazas en dos partes iguales, apretándolas fuertemente con un bramante: ¿por qué no probáis á hacerlo con un bejuco?

—Gracias, señora, por vuestro consejo; sin duda, debe ser excelente; pero soy tan torpe, que no me atrevo á ponerlo en práctica.

—Ahora me toca á mí — repuso Robin — quien, mientras el parisiense se devanaba los sesos inútilmente, había empleado el procedimiento de que ya tenía noticia.

La presión del bejuco había trazado un pequeño surco en la cubierta vegetal, y el ingeniero no tuvo más que hacer sino pasar ligeramente la punta de un cuchillo para obtener dos hemisferios, en los cuales no existía la mas pequeña quiebra.

—En esto consiste toda la dificultad.

—Soy muy bruto — repuso el jóven, confundido.

—Es lo mismo que si me propusiera cortar un trozo de cristal sin diamante.

—La comparacion es exacta, amigo mío. Aun tenemos que dividir una docena de calabazas, y luego sacaremos la carnosidad de que están llenas.

—Después las pondremos á secar al sol y....

—Y se harán pedazos si no teneis la precaucion de llenarlas de arena muy seca. Harémos tambien una docena de cucharas, y en cuanto á los tenedores, ya veremos.

—Os aseguro, mi amo, que nunca hubiera creido en un cambio tan rápido, pues hace pocos dias estábamos desprovistos de todo. Esto es prodigioso. Lo que me sorprende es que aquí todas las cosas indispensables á la vida crecen en los árboles. No hay más que bajarse y cogérlas.

—Queréis decir levantarse.... Si estos árboles viviesen en familia, si se encontráran en los bosques en estado salvaje, la zona equinoccial sería un paraíso. Pero no sucede así. ¿Quién sabe las fatigas que habrá costado cultivar este huerto que nuestra suerte nos ha hecho encontrar? ¿Cuántas investigaciones, guiadas por un maravilloso conocimiento de la colonizacion, no habrán sido necesarias para reunir en este punto la mayor parte de los vegetales útiles, originarios del país, y los que han sido introducidos desde el descubrimiento del Nuevo Mundo? Ya lo he dicho. Nuestra suerte, ántes tan cruel, nos ha tratado como hijos predilectos. ¿Qué hubiera sido de nosotros en este inconmensurable desierto de plantas estériles, sin abrigo, sin víveres, casi sin instrumentos? La caza escasea y su ejercicio reclama armas y una aptitud especial. ¡La pesca!.... Hace pocos dias que conocemos el niku. Nuestro único recurso es la tierra, y encontraremos alimentos sanos y abundantes en los árboles y en el suelo.

— Si, los árboles.... — dijo Nicolas meditando aparte. — En los árboles hay todo.... cuando se les encuentra.

— Os he dicho hace poco que ya veríais otros, y no tardará en suceder lo que os pronostico. Por ahora debemos satisfacer las necesidades más apremiantes de nuestra instalación. He encontrado tesoros inestimables: en lo alto de la colina hay árboles de cacao y de café, y este descubrimiento tiene gran importancia. ¿Qué decís del árbol de manteca, del árbol de velas, del jabonero?

Nicolas, que deseaba conocer aquellos árboles de productos tan inusitados, pasaba del asombro al estorpo.

— Ah no he concluido. Dejemos á un lado el *ipe-cacuanha*, el *caoutchouc* y el *ricin* y lleguemos al queso.

— Señor Robín, siempre os he tenido por hombre formal, y estoy seguro de que no trataréis de burlaros de un pobre como ya. Confesad que esto es demasiado fuerte, ¡un árbol en el cual crecen los gruyere, mozzarella, roquefort, camembert!....

— No es eso. El queso no produce queso.

— En ese caso, ¿por qué se le da un nombre que me hace la boca agua?

— Porque la madera del *bombax* — *bombax* es su nombre científico — es blanca, tierna, porosa y muy parecida al queso. Sus frutos y su goma no tienen ninguna utilidad para nosotros: pero está provisto de espigas tan duras como el hierro, que podrán servirnos de clavos. En cuanto al vello fino, sedoso, que rodea sus granos, le emplearemos como yesca. ¿Qué tal? ¿Os agradan estas lecciones á intervalos de botánica equinoccial?

— Estoy sorprendido, encantado. Desde el momento en que la Naturaleza cumple tan prósperamente su misión de nodriza, á mí me corresponde recoger sus productos....

— Á nosotros, hijo mío.

— Es un decir, señor Robín. Me propongo trabajar como cuatros, emplear el tiempo, ponerlo todo en orden, fabricar utensilios y convertirme en un verdadero Robinson como no le ha habido jamás en los libros.

— No ponga en duda nuestra buena voluntad, amigo mío. Conozco lo que valeis, y desde mañana emprendemos una hazaña magna. Como los niños no podrán en mucho tiempo tomar parte en nuestros trabajos, atenderemos á su subsistencia y á la de su madre. El pobre Casimiro está muy débil por la edad y por su dolencia. Les cuidados del abastecimiento descansan sobre nosotros dos. Angosso va á dejarnos.

— ¡Hola! es verdad. Eso honrado salvaje.... Al llamarle salvaje quiero decir, sin mala intención, un particular que no ha visto nunca la columna de Julio. Le he cobrado afición. ¡Lo que somos! Antes me producian los negros un efecto deplorable, y ahora veo que entre ellos hay gentes muy honradas. A propósito: me recordais que le debo dinero. Es preciso dárselo. ¿Eh, Angosso, Angosso!

— ¿Qué queréis, señor? — dijo el negro.

— Quiero darte las dos piezas de cinco reales, tus sueldos marcados, tus rodillos.

— ¡Ah! estoy muy contento.

— Yo también. Todos estamos satisfechos de tus servicios. Aquí tienes la cantidad, compañero — terminó entregándole sus dos piezas de cinco francos.

El negro, después de haber recibido su salario, quedó con la boca abierta delante del parisiense. Sus dos grandes ojos, que parecían de percolana, contemplaban con ardiente fijeza la cadena de plata de pasadores de jado verde que sujetaba el reloj á Nicolas.

— ¡Oh! — murmuró. — ¡Qué hermosa!

— Veintitres francos treinta céntimos en la feria. Es muy barata.

— ¡Hermosa, hermosa!

— ¡Bah! quincalla de París. Si os gusta, *señor boni*, está á vuestra disposición. Os habeis conducido perfectamente con nosotros, y es justo daros una recompensa. Ahí tenéis, apreciable barquera — dijo después de quitarse la cadena.

Angosso palideció de alegría al recibirla con las puntas de los dedos.

— ¿Es para mí esta alhaja? — preguntó ansiosamente.

— Para tí — respondió Nicolas.

El boni se quedó como aturrido por aquella felicidad inesperada.

Sin decir una palabra dió un salto hacia su *pegara*, sobre la cual estaba arrollada su hamaca, uno de esos tejidos admirables confeccionados por las mujeres de su país, la desplegó y dijo:

— Sois compadre de Angosso. Angosso está muy contento, y regala su hamaca á los niños y el mecheta á su compadre blanco.

— No, eso no merece la pena. ¡Qué diantre! No os he hecho un regalo interesado.

— Aceptad, querido Nicolas — dijo Robín interviniendo — aceptad. Se entristecería si rechazaseis el obsequio. Ahora, buen Angosso, vuelve al lado de tu familia. Si alguna vez careceis de provisiones, si el hambre llamase á tus puertas, ven aquí con los tuyos y serás recibido como un hermano, edificaremos una choza junto á la mía y repartiremos las viveras.

— Sí, señor. Angosso vendrá junto al tigre blanco si le falta yuca ó si no tiene pescado.

En segunda se despidió de los Robinsonos, según el uso de los negros de Guayana, esto es, saludando particularmente á cada uno.

— Buenos días, tigre blanco; buenos días, *señor*; buenos días, compadre; buenos días, niños — repitió cuatro veces — buenos días, Casimiro. Me marcho.

— Te recomiendo sobre todo — dijo Robín estrechándole por última vez la mano — que no diges nunca que hay blancos aquí. No olvides que siempre serás bien recibido entre nosotros, tú y los bonis.

— Sí, señor. Angosso es compadre de toda la familia del tigre blanco y será tan mudo como un pez.

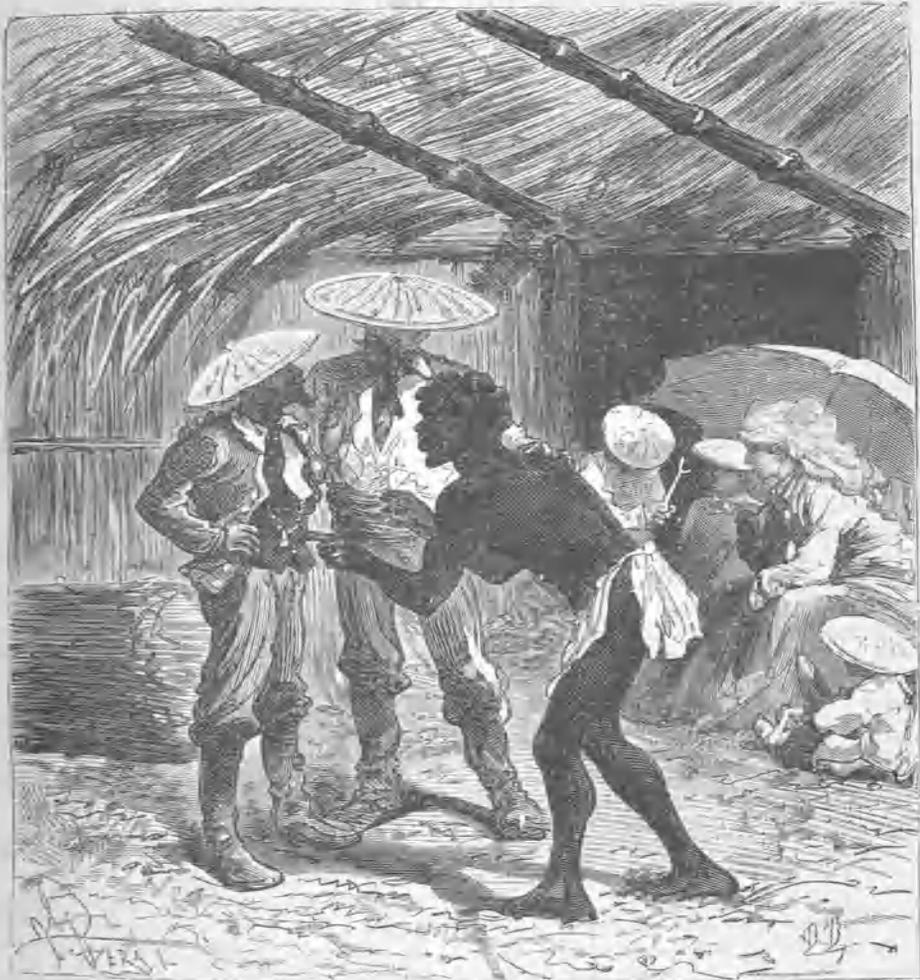
CAPÍTULO VIII.

Es preciso comer. — Trabajos preliminares. — Se necesita una plaza. — Financas de capitales. — La materia-ración. — El peregrino. — Un dormido camuflado. — El peñón parrandista de una colección de fieras. — Demosias. — *Se vis parent, para bellum*. — Fortuna imaginaria. — Ciudadano convertido en jefe de estado mayor de ingenieros. — La guarnición del partido avanzado. — Las horquillas viajeros. — Almorzo de un horniguero. — Duelo de un jaguar y un horniguero. — Termino al combate por falta de combatientes. — Un huérfano. — Otro huérfano. — Adopción. — Nuevos parásitos. — El señor Michaud y su camarada Col.

La existencia de los Robinsones de Guayana fué

al principio enteramente material, si puede calificarse así la aplicación casi exclusiva de las facultades intelectuales al funcionamiento de la vida orgánica.

Si bien la solución de este problema es muy compleja y á menudo difícil de encontrar en medio de nuestra civilización contemporánea, la retribución de cualquier trabajo ó del empleo de las fuerzas humanas aplicadas á esta ó la otra función puede satisfacer total ó parcialmente las múltiples exigencias. El salario de un hombre debe, en principio, ser suficiente para conseguir en especie los objetos indispensables



— ¡ Oh ! murmuró — ¡ qué hermosa.

á la inercia de los años. Se comprende sin esfuerzo alguno que, ocupado un jefe de familia en suministrar á su mujer y á sus hijos el pan diario, no puede tejer sus vestiduras, fabricar su calzado, edificar su casa, instruírlos, etc.

La distribución del pago de su trabajo aplicada á diversos productos industriales, le permite que vivan con mayor ó menor abundancia, pero siempre con cierto desahogo. Sobre esta solidaridad, nacida de mutuas ó idénticas necesidades, está basada la socio-

dad actual. Se produce para consumir por medio del cambio. El esfuerzo constante del cuerpo y del espíritu de uno sólo actuando sobre un punto único puede asegurar la subsistencia de muchos individuos.

Los proscritos, al contrario, carecían de todo, aun de los instrumentos de primera necesidad, y debían proveerse de todas las cosas indispensables á la vida. Tenían precisión de comer, de vestirse, en una palabra, de obtener de las producciones naturales todos los elementos de existencia. Un sembrero, una aguja, un botón, una hoja de papel, un cuchillo, se encuentran en todas partes y por poco precio. Pero el hombre aislado y perdido en la inmensidad tropieza con dificultades insuperables cuando se ve obligado á confeccionar esos menudos objetos. Los útiles indispensables para su fabricación necesitan previamente el concurso de varias industrias.

Sin embargo, Robín no se desesperaba. Tenía en Nicolás un auxiliar diestro, inteligente y activo. En cuanto al leproso, podía prestar servicios inapreciables, gracias á su larga experiencia de la vida de los bosques. Los tres hombres se pusieron á trabajar desde el momento de la marcha de Angosso.

Tal es la fecundidad incomparable del suelo ecuatorial, que una tala abandonada durante algunos años es invadida al punto por una confusa maraña de árboles, helechos y hierbas gigantesas. Las plantas alimenticias se mezclan con las parásitas; unas y otras se entrelazan y adquieren un desarrollo enorme sin perjudicarse mutuamente, pero cubriendo el suelo de manera que el hombre sumergido en aquel mar de tallos, de hojas y de flores no puede dar un paso ni coger un fruto.

Es preciso proceder con método, limpiar, cortar y arrancar, no solamente los vegetales improductivos, pero también elegir entre las plantas útiles los mejores individuos, sacrificando sus congéneres cuya superabundancia trae fatalmente la esterilidad.

Hay que hacer un nuevo trabajo de desmonte, el cual, si bien es ménos penoso que el de practicar una tala en plena selva virgen, no exige ménos paciencia y habilidad. Los dos blancos y el negro comenzaron, pues, por desbrozar en gran escala.

La pequeña colonia no podía vivir indefinidamente de pescado ahumado, de bananos asados ó de frutos del árbol del pan. El uso demasiado frecuente del banano produce trastornos intestinales que se convierten en rapidísima pérdida de fuerzas. El único alimento que puede reemplazar al pan de trigo es la yuca.

Por suerte había encontrado Casimiro en la falda de una colina un vasto plantío de yuca que, por la configuración del terreno, no había sido invadido como los demás sitios de la ranchería.

En pocas horas se recogió una gran cantidad de raíces. Improvisóse un rallador, se tejó una cubra, pero en seguida tropezaron los colonos con un obstáculo insuperable. No tenían plancha para cocer la harina y hacer evaporar el jugo venenoso de la planta, aun después de estar vigorosamente exprimida.

Casimiro no tenía inventiva alguna. Para él no hu-

bía nada que pudiera reemplazar la plancha de hierro, en la que siempre había visto preparar el caucho el casabe. ¡Nicolás hubiera dado un ojo, según decía, por tener una sartén!... Robín estuvo ausente durante algunos segundos.

Renováse maquinalmente con un palo la leña en que preparaba la cema, cuando descubrió con los carbonos una cosa roja, oscura, y que parecía cocida.

— ¡Hola! — dijo. — ¿Qué es esto?

La señora Robín se aproximó, y los niños formaron un círculo. El ingenuo empujó el objeto en cuestión, que era una figurita de tierra trabajada por la mano de un artista lleno de buena voluntad, pero muy ignorante de las leyes de la estatuaría. Robín no se ocupó de la forma, pero la materia de que estaba hecha le interesó bastante.

— Esto es tierra cocida.

— Si, padre — respondió Eugenio. — He hecho un monigote y luego lo he puesto á cocer... Es para jugar con Carlos.

— ¿Dónde has encontrado esta tierra, mi pequeño artista?

— Allí, en la casa. Mira, fue excavada un poco el suelo con un pedazo de madera, he mojado la tierra y he hecho el monigote.

Robín se bajó, examinó el hoyo, escurrió el fondo con su machete, sacando un trozo de tierra suave al tacto, blanda y un poco teñida de rojo por el óxido de hierro.

Era arcilla.

— Hijos míos — dijo alegremente — mañana al mediodía tendréis cada uno una hermosa torta de casabe.

— ¡Oh, qué felicidad! ¡Tendremos casabe! — exclamaron á coro los cuatro niños, pensando que ya no comerían bananos. — ¿Cómo vas á arreglar, papá? — preguntó Eugenio. — ¿Fabricará las tortas mi monigote?

— No, hijo mío; pero será la causa inmediata de la mejora que introduciremos en nuestra alimentación habitual.

— Ahora verás.

Y sin perder tiempo, el proscrito cavó á gran profundidad en el suelo, sacó una gran masa de arcilla muy pura, la humedeció ligeramente, la trajo con cuidado, extendiéndola en forma de disco, después de aplanarla con su mano mojada.

— Vengo leña y hagamos un buen fuego. Hubiera querido que mi disco se secara al sol, pues acaso quiebre por efecto del calor; pero si ocurre este pequeño incidente, mañana volveremos á practicar la operación.

— ¡Ya se lo que vais á hacer, mi amo; ya lo sé! — exclamó Nicolás, recogiendo junto á la choza algunos haces de leña. — Vais á fabricar una plancha de tierra, ¿no es verdad?

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LÓPEZ.

Das semanas despues de llegar á Varses, fué Alexis testigo de uno de aquéllos, y casi estuvo á piéque de ser víctima; una explosión de *grisou*; el *grisou* es un gas que se forma naturalmente en las minas de hulla y que estalla en cuanto está en contacto con una llama.

Nada hay más terrible que aquella explosión, que abansa y derrumba todo lo que á su paso encuentra; no se le puede comparar más que con la explosión de un pólvorín.

Tan pronto como la llama de una lámpara ó de un fósforo está en contacto con el gas, se verifica la explosión en las galerías, destruyendo todo lo que hay en la mina y aun en los pozos de extracción, cuyas arrodos lanza al espacio. Cuando esto sucede, se eleva de tal modo la temperatura, que la hulla se convierte en coke.

Ses semanas ántes había matado el *grisou* á diez obreros, y la rinda de uno de ellos se había vuelto loca. Entonces comprendí que era lo que me preguntó por un camino fresco al llegar á Varses.

Para prevenir los efectos de estos desastres, se adoptaban las más exquisitas precauciones; estaba prohibido fumar, y muchas veces al hacer su inspección los ingenieros, obligaban á los trabajadores á que los soplasen en la nariz para saber los que habían dejado de cumplir la orden. Para evitar en lo posible las explosiones, se empleaban las lámparas de Dawy, que llevan el nombre de su inventor, un ilustre químico inglés.

Aquellas lámparas estaban rodeadas por una tela metálica de un tejido bastante fino para no permitir el paso de la llama á través de sus agujeros, de modo que cuando se encuentra la lámpara en una atmósfera explosiva arde el gas en el interior de aquella y la explosión no se propaga al exterior.

Todo cuanto me dijo Alexis excitó vivamente mi curiosidad y mi deseo de bajar á una mina; pero cuando al día siguiente hablé de este proyecto al tío Gaspar, me respondió que era imposible, pues no se permitía la entrada más que á los trabajadores.

— Si quieres ser minero — añadió riéndose — no hay nada más fácil, y entonces podrás satisfacer tu curiosidad. Despues de todo, el oficio no es más rudo que cualquier otro, y si tienes miedo á los truenos, es el que más te conviene; en todo caso, vale más que la profesión de cantor ambulante por las carreteras. Te quedarás con Alexis. ¿ Está dicho, buen mozo?

Harémos por emplear á Mattia, pero no para que toque el cornetín de piston.

Yo no había ido á Varses para quedarme allí y me había impuesto una obligación enteramente distinta que la de empujar todo el día un *cuévano* en el segundo ó en el tercer piso de la *Truyère*.

Tuve que renunciar á satisfacer mi capricho y creí que me marcharía sin saber más de lo que me refirió Alexis ó de lo que daban de sí las respuestas obligadas del tío Gaspar, cuando, por circunstancias puramente casuales, pude saber con todos sus horrores y sentir con todos sus espantos los peligros á que se ven expuestos con frecuencia los mineros.

CAPÍTULO XXIV.

ARRASTRADOR.

El oficio de minero no es insano, y excepto algunas enfermedades causadas por la privación del aire y de la luz, que á la larga empobrecen la sangre, el minero goza de tan buena salud como el campesino que habita una comarca salubre; y tiene sobre éste la ventaja de hallarse al abrigo de la intemperie, del cambio brusco de estaciones, de la lluvia, del frío y del excesivo calor.

El gran peligro para él consiste en los derrumbamientos, las explosiones del *grisou* y las inundaciones; además, los accidentes propios del trabajo, de su imprudencia ó de su torpeza.

El día fijado para mi marcha volvió Alexis con una fuerte contusión en la mano por haberle caído sobre ella un grueso pedrusco de carbon; tenía un dedo medio aplastado y toda la mano casi magullada.

El médico de la empresa fué á visitarle y le curó. Su estado no era grave, la mano se aliviaria y el dedo también; pero necesitaba descanso.

El tío Gaspar tenía uno de esos caracteres que toman la vida como viene, sin entristecerse ni encolezarse; solamente una cosa podria arrebatarle su habitual buen humor; el verse impedido para trabajar.

Cuando oyó decir que Alexis debía descansar algunos días, puso el grito en el cielo. ¿ Quién arrastraria su *cuévano* mientras duraba la indisposición de su sobrino? No tenía nadie que pudiera reemplazar á Alexis; tampoco podia interrumpir el trabajo, y aunque encontrase algun auxiliar no sería sino por poco tiempo, y en aquel instante era imposible hallarle.

Sin embargo, hizo diligencias para buscar un arrastrador, pero volvió sin poder conseguirlo.

Entónces dió rienda suelta á sus lamentaciones; estaba verdaderamente desconsolado, pues veía que no podía trabajar y que su bolsillo no le permitía entregarse á la holganza.

Comprendiendo los motivos de su desesperación y conociendo que en aquellas circunstancias tenía el de-

ber de pagar á mi manera la hospitalidad que me había dado, le pregunté si era muy difícil el oficio de arrastrador.

— sencillísimo; no hay más sino empujar un wagon que rueda sobre rails.

— ¿Es muy pesado?



Una explosión de grana.

— No mucho; Alexis le empujaba sin fatigarse.

— Pues bien, si Alexis podía hacerlo, yo tambien podré.

— ¿Tú, hijo mío?

Y se echó á reír con todas sus fuerzas; pero repeniéndose al punto, dijo:

— Seguramente lo harías si quisieras.

— Sí quiero, porque desear servirlos en algo.

— Eres un buen chico y admito tu oferta; mañana bajarás conmigo á la mina. Es verdad que me prestas un servicio, pero tú tambien sacarás algun provecho, y si tomases el gusto al oficio, sería mejor para ti que vagar á la ventura por las carreteras; en la mina no hay que temer á los lobos.

¿Qué iba á hacer Mattia mientras yo estuviese en la mina? Sería un abuso dejarle que viviese á expensas del tío Gaspar.

Le pregunté si querria ir con Capi á dar representaciones en los pueblos inmediatos, y aceptó en seguida aquella idea.

— Me alegraré mucho de poder ganar solo el dinero que nos falta para la vaca — dijo riéndose.

Al cabo de los tres meses que estábamos juntos y que vivia al aire libre, no se parecía Mattia en nada al pobre niño enfermizo y triste que encontré apoyado contra las tapias de la iglesia de Saint-Médard, casi muerto de hambre, y mucho ménos al engendro que vi por primera vez en el camaranchon de Garofoli, cuidando la marmita y cogiéndose de vez en cuando la cabeza con las manos.

Ya no era ni sombra de aquel raquítico sér. El camaranchon de la calle de Louveine era lo que le tenía triste; el sol y el aire le devolvieron la salud y la alegría.

En todo el tiempo que duró nuestro viaje no perdió el buen humor y la jovialidad; todo le divertía, y lo que hubiera sido motivo de tristeza lo convertía en algazara. ¿Qué hubiera sido de mí sin su compañía? ¿Cuántas veces me habria acometido el fastidio?

Aquella diferencia dependia, sin duda, de nuestro carácter y de nuestro temperamento, pero mucho más de nuestro origen y de nuestra raza.

Él era italiano y tenía una amabilidad tan delicada y era tan susceptible de plegarse á las dificultades sin enojo y sin protesta, que formaba contraste con los hijos de mi país, más dispuestos á la resistencia y á la lucha.

— Pero ¿cuál es tu país? — me diréis.

Ya contestaré más tarde á esta pregunta. Á la sazón lo ignoraba, y he querido decir tan sólo que Mattia y yo no nos parecíamos en nada, entendiéndonos sin embargo, perfectamente, aun cuando le obligaba á trabajar para aprender las notas y la lectura. La leccion de música siempre habia marchado sin dificultad, pero en cuanto á la lectura no sucedia lo mismo, y hubiéramos podido enemistarnos muchas veces, porque yo carecia de la calma y de la indulgencia de los que tienen costumbre de enseñar. A pesar de esto, nunca nos enfadamos, y aunque yo fuese injusto, lo que sucedió con frecuencia, Mattia no me guardaba rencor.

Quedó convenido que mientras yo bajase á la mina Mattia daría representaciones musicales y dramáticas para aumentar nuestra fortuna, y Capi, á quien expliqué aquel arreglo, pareció comprenderle.

Al día siguiente me puse los vestidos del trabajo, que pertenecian á Alexis.

Despues de recomendar, por última vez, á Mattia

— ¡Ojalá que fuesen prudentes en la expedición, según al tío Gaspar.

— ¡Cuidado! — me dijo al entregarme mi lámpara — sigue mis pasos, y cuando bajes por las escalas no abandones nunca un pedruzco sin asegurar el pié en otro.

Nos internamos en la galería, marchando él primero y yo inmediatamente detrás.

— Si resbalas por las escaleras — continuó — no te dejes deslizar; agárrate, porque el fondo está lésjos y es muy duro.

No necesitaba aquellas recomendaciones para estar conmovido, pues sin experimentar gran emoción no se deja la luz y se entra en las tinieblas, ni se aban-

dona la superficie de la tierra por sumirse en sus profundidades. Instintivamente di algunos pasos hacia atrás, pero ya habíamos penetrado bastante trecho en la galería, y la luz, al final de aquel largo y negro tubo, parecía un blanco globo semejante á la luna en un cielo sombrío y sin estrellas. Me avergoncé de aquel movimiento maquinal que duró tanta como un relámpago, y arreglé de nuevo mi paso al del tío Gaspar.

— La escalera — dijo al poco rato.

Nos encontrábamos delante de un agujero oscuro y en su profundidad, insondable para mis ojos, veía confusamente balancearse algunas luces grandes á la entrada, y tan pequeñas como puntos luego, á medi-



Después seguí al tío Gaspar.

da que se alejaban. Eran las lámparas de los obreros que habían entrado en las minas ántes que nosotros. El rumor de sus conversaciones llegaba hasta nuestros oídos como un sordo murmullo conducido por un arroyo que nos rozaba el rostro; aquel aire que respiraba por primera vez tenía un olor particular, mezcla de éter y de esencia.

Después de las rampas, las escalas, y después de las escalas las rampas.

— Hemos llegado al primer piso — dijo.

Estábamos en una galería con bóveda de medio punto y muros rectos de maipostería. La altura general era un poco más elevada que la de un hombre, pero había sillones en que era preciso pasar encorvando el cuerpo, ya porque se hubiese bajado la bóveda, ya porque se hubiera levantado el suelo.

— Es un empuje del terreno, me dijo, como la montaña ha sido perforada por todas partes y hay vacíos, tienden á descender las tierras, y cuando pesan mucho, aplastan las galerías.

En el suelo estaban colocados los rails del camino de hierro y por el centro de la galería corrían las aguas de un arroyo.

— Este arroyo se une con otros que como él reci-

ben el agua de las filtraciones; todos van á un sumidero. En conjunto forman un caudal de mil ó mil doscientos metros cúbicos que la máquina debe arrojar todos los días en el Divonne. Si se parase un momento no tardaría la mina en inundarse. Ahora mismo estamos bajo el fondo del río.

Al ver que yo me estremecía involuntariamente, se echó á reír.

— A cincuenta metros de profundidad no hay peligro de que el agua cuiga en el pescuezo.

— ¿Y si se hiciera un agujero?

— ¡ Ah! No es difícil. Las galerías pasan y vuelven á pasar diez veces por debajo del río; hay minas en las que son temibles las inundaciones, pero esto no sucede aquí; bastante tenemos con el grisou y con los hundimientos.

Cuando llegamos al sitio donde debíamos trabajar, me enseñó el tío Gaspar lo que tenía que hacer, y luego que nuestro cuévano estuvo lleno de carbon, le empujó conmigo para que supiese cómo había de conducirle hasta el pozo y guarecerme en los apartaderos cuando viese otros arrastradores que vinieran en dirección contraria á la mía.

Realmente no era difícil el oficio y en pocas horas

estuvé en disposición de ser útil al tío Gaspar. Me faltaban destreza y costumbre, condiciones sin las cuales no se puede adelantar en ninguna profesión, y como yo debía suplirlas bien ó mal, hacía grandes esfuerzos y resultaba ménos trabajo y más fatiga.

Por fortuna no me rendía al cansancio, gracias á la vida que había hecho durante varios años, y sobre el viaje de tres meses que acababa de verificar; no me quejé nada, y el tío Gaspar declaró que era un buen chico y que me haría un excelente minero.

Pero si bien es verdad que tuve ardientes deseos de bajar á la mina, no me sentía inclinado á permanecer en ella; tenía curiosidad, pero vocación, no.

Para hacer vida subterránea se necesitan cualidades particulares que no me adornaban ciertamente; es preciso amar el silencio, la soledad y el recogimiento. Hay que permanecer largas horas, largos días con el espíritu plegado sobre sí mismo sin cambiar una palabra ni recibir una distracción. Acerca de esto yo estaba muy mal acostumbrado, después de vivir una vida de vagabundo, siempre andando y siempre cantando, encontraba tristes y melancólicas aquellas horas que empleaba en empujar el wagon por las oscuras galerías, sin más luz que la de mi lámpara, y sin oír otro ruido que el de otros wagnones, el murmullo del agua en los arroyos y el estampido de los barrenos que, estallando en aquel silencio de muerte lo hacían más abrumador y aún más lúgubre.

Como la bajada á la mina representa de por sí un trabajo que se duplica con la subida, los obreros permanecen doce horas bajo tierra y no salen para comer, haciéndolo en el tajo.

Junto al del tío Gaspar tenía yo un vecino, arrastrador también, pero que, en vez de ser un muchacho como yo y como los demás arrastradores, era un anciano de blanca barba, es decir, los domingos, cuando se lavaba, porque el resto de la semana comenzaba siendo gris el lónes para acabar completamente negra el sábado. A mí parecer tendría unos sesenta años. En su juventud había sido carpintero encargado de conservar el revestimiento de madera de las galerías; pero un humillimiento le estropeó tres dedos, viéndose obligado á renunciar á su oficio. La Compañía á cuyo servicio estaba, le señaló una pequeña pensión, pues aquel accidente le sobrevino cuando trataba de salvar á tres compañeros. Durante algunos años vivió de aquella pensión, pero habiendo quebrado la Compañía y encontrándose sin recursos y sin oficio, entró en la *Truyère* en calidad de arrastrador. Le llamaban el *Domine*, es decir, el maestro de escuela, porque sabía muchas cosas que ignoraban los pápuros y aún los maestros mineros, y porque hablaba de ellas siempre que podía, orgulloso de su ciencia.

Trabamos relaciones en las horas de comer, y bien pronto me cobró amistad; yo era un preguntón incorregible y él un hablador incansable, de modo que nos completábamos mutuamente y casi siempre estábamos juntos. En la mina, donde se habla muy poco, nos llamaban los charlatanes.

Las descripciones de Alexis no me habían enseñado

de todo lo que quería saber y las respuestas del tío Gaspar tampoco me dejaron satisfecho; pues cuando le preguntaba:

— ¿Qué es el carbon de piedra?

Me respondía invariablemente:

— Es carbon que se encuentra en la tierra.

Esta contestacion del tío Gaspar acerca del carbon de piedra y las del mismo género que sobre otras cosas me había dado, me complacian tanto mas cuanto Vitalis me enseñaba no contentarme fácilmente. Pero cuando preguntaba al *magister*, me respondia de otro modo:

— El carbon de piedra — me decía — no es otra cosa sino carbon de madera: en vez de poner á nuestras chimeneas árboles de esta época que algunos hombres como tú y como yo han transformado en carbon, ponemos árboles que crecieron en tiempos muy antiguos y que se han convertido en carbon mediante las fuerzas de la Naturaleza; es decir, por los incendios, volcanes y terremotos.

Observando que le escuchaba con asombro, continuó:

— Hoy no tenemos tiempo para hablar de eso, es preciso empujar el *cabron*, pero mañana, domingos, vé á mi casa y allí te explicaré todo; tengo pedruzcos de carbon y de roca que estoy reuniendo desde hace treinta años y que te permitirán comprender con los ojos, lo que has oido con las orejas. Se burlan de mí llamándome *magister*; pero ya verás, el *magister* sirve para algo; la vida del hombre no está en sus manos solamente sino también en la cabeza. Cuando yo tenía tu edad era muy curioso; vivía en la mina y quise conocer lo que siempre estaba viendo; obligué á hablar á los ingenieros, y lei. Después de mi accidente tuve tiempo libre y le dediqué á aprender. Cuando se tienen ojos para mirar y sobre ellos se colocan las lentes que dan los libros, se acaba por ver muchas cosas. Actualmente no tengo tiempo para leer ni dinero para comprar libros, pero todavía tengo ojos, y muy abiertos. Vé mañana, tendré una satisfacción al enseñarte á mirar lo que te rodea. Nadie sabe como puede germinar una palabra que cae en el oido. Una vez que tuve el honor de guiar por las minas de Bosséges á un sabio eminentísimo llamado Brongniart, y de oírle hablar durante sus investigaciones, me pasó la idea de aprender, y hoy sé algo más que mis compañeros. Hasta mañana.

Al día siguiente anuncié al tío Gaspar que iba á ver al *magister*.

— ¡Ah! — dijo viéndose — yo he encontrado á quien hablar; anda hijo mío, puesto que tienes tiempo en ir. Después de todo, creerás lo que quieras. Dile cuando te aconsejo que si aprendes algo con él no te enorgullezcas por eso; si el *magister* no fuera orgulloso, sería un hombre excelente.

El *magister* no vivía, como la mayor parte de los mineros, dentro de la poblacion, sino á poca distancia, en un sitio triste y pobre que se llama los *Épélagues*. Allí habitaba en casa de una mujer anciana, viuda de un minero que pereció en un hundimiento, la cual le había alquilado una especie de sótano en el punto más seco, sin que por allí deba entenderse

que lo era en alto grado, pues junto á la cama creaban hogos; mas para un minero acostumbrado á vivir con los pies en la humedad y á recibir todo el día sobre el cuerpo el agua de las filtraciones, aquel detalle no tenía importancia. Lo interesante para él era poder estar cerca de las cuevas de la montaña en las que hacía sus investigaciones, y sobre todo, disponer á su antojo la recolección de pedazos de hulla, piedras con impresiones y fósiles.

Cuando llegué salió á mi encuentro y me dijo con alegre acento:

— He dispuesto que te hagan una *biroulade*, porque si la juventud tiene ojos y oídos también tiene estómago; de manera que el mejor medio de ser amigo consiste en satisfacer todo á un tiempo.

La *biroulade* es un mojar compuesto de castañas machas que se mojan en vino blanco y que constituye el plato de honor en el país de Cevennes.

— Después de la *biroulade* hablaremos— dijo el magister— y mientras charlamos te enseñaré mi colección.

Pronunció estas palabras *mi colección* con un tono que justificaba las censuras que le dirigían sus camaradas y como hubiera podido hacerlo el conservador del museo más famoso. En honor de la verdad, aquella colección me pareció muy rica y ocupaba todo el aposento, dispuesto en mesas y tablas para los modelos pequeños y en el suelo para los grandes. Hacia veinte años que reunía todo lo que encontraba en sus trabajos, y como las minas de la cuenca del Cère y del Uzeron son muy ricas en vegetales fósiles, tenía ejemplares raros que habrían hecho la felicidad de un geólogo ó de un naturalista.

Era tan vehemente el deseo de hablarme que tenía el magister como el niño de darle; así fué que en un momento desechamos la *biroulade*.

— Ya que has querido saber— me dijo— qué es el sistema de piedra, escucha, voy á explicártelo en pocas palabras para que te hables en estado de ver *mi colección* que te dará idea mejor que yo, pues aunque me llamen *magister* me falta mucho para ser un sabio. La tierra que habitamos no ha sido siempre lo que es ahora, y ha pasado por diversos estados modificados por lo que se denomina revoluciones del globo. Hubo épocas en que nuestro país estuvo cubierto de plantas que en la actualidad no crecen más que en los países cálidos; por ejemplo, los helechos arbóreos. Luego sucesió una revolución, y aquella flora fué reemplazada por otra enteramente distinta, á la cual sucedió otra nueva, y así sucesivamente, durante miles y millones de años. Esta acumulación de plantas es la que, descomponiéndose y superponiéndose, ha dado lugar á las capas de hulla. No seas incrédulo; voy á enseñarte al punto en mi colección algunos pedruzcos de carbon, y sobre todo una gran cantidad de trozos de piedras cogidos en los bancos que llamamos *auos* ó *tocho*, y que conservan impresiones de aquellas plantas, las cuales se han conservado como las que se guardan entre hojas de papel ó en un bérbario. La hulla está, pues, formada, como te decía, por una acumulación de plantas y de árboles, es decir, que no es más sino madera descompuesta y comprimida.

¿Cómo se ha realizado esa acumulación? me preguntarás. Esto es más difícil de explicar, y creo que los sabios aún no han logrado conseguirlo, pues no están de acuerdo entre sí. Unos creen que todos esos vegetales, acarreados por las aguas, han formado inmensas islas en los mares, que impulsadas por las corrientes encallaron en diversos puntos. Otros dicen que los bancos de carbon de piedra se deben á la acumulación lenta de vegetales, que sucediéndose unos á otros han quedado hundidos en el mismo lugar en que crecían. Sobre estas hipótesis se han hecho cálculos que



La tierra que habitamos no ha sido siempre lo que es ahora.

dan vértigo á la imaginación; han hallado que una hectárea de bosque cuyos árboles se cortaran y se extendieran por la superficie de la tierra, daría una capa de unos ocho milímetros de espesor: transformada en hulla no tendría de grueso más que dos milímetros. Pues bien, existen capas de hulla que tienen veinte y treinta metros de espesor. ¿Cuánto tiempo ha sido preciso para que se formen? Comprendes perfectamente que un bosque no crece en un día; necesita unos cien años para desarrollarse. De modo que para formar una capa de hulla de treinta metros de espesor es preciso una sucesión de 5.000 bosques que hayan crecido en el mismo sitio, es decir, 500.000 años. Esta cifra es enorme y, sin embargo, no se aproxima á la exactitud, puesto que los árboles no se suceden con entera regularidad; tardan más de cien años en crecer y morir, y cuando una especie reemplaza á otra hace falta una serie de transformaciones y de revoluciones para que la capa de plantas descompuestas se halle en estado de nutrir á otra. Ya ves que 500.000 años no es nada, y que se necesitan muchos más. ¿Cuántos? Lo ignoro, y un hombre como yo no es quien debe averiguarlo. He querido darte idea de

ló qué es el carbon piedra para que puedas examinar mi colección con algun conocimiento. Vamos á verlo.

La visita se prolongó hasta la noche, pues en cada trozo de piedra, en cada impresion de plantas, el *magister* volvía á empezar sus explicaciones, de tal modo que al terminar la inspeccion pude comprender algo de lo que tanto me asombró al principio.

CAPÍTULO XXV.

LA INUNDACION.

Al dia siguiente volvimos á encontrarnos en la mina.

— ¡Y qué! — dijo el tío Gaspar — estás contento del chico, *Magister* ?



Pasó por entre mis piernas un peloton de ratas.

mentos; el estrépito continuaba repercutiéndose por todas partes. ¿Qué sería? Mi primera impresion fué la del espanto y pensé en huir por las escalas, mas como ya se habian burlado de mis temores la vergüenza me obligó á desistir. Seria un barrenó, algun *cuévano* que cayese en un pozo; acaso fueran escombros que descendiesen por los corredores.

De pronto pasó por entre mis piernas un peloton de ratas corriendo como un escuadron de caballeria que se pone en salvo; luego me pareció oír un rozamiento extraño contra el suelo y las paredes de la galería como si en ellas azotase el agua. Como el sitio en que me hallaba estaba perfectamente seco no pude explicarme la causa de aquel rumor.

Tomé mi lámpara para mirar, y la bajé hasta el suelo.

Era agua que venia de la parte del pozo subiendo por momentos en la galería. Aquel ruido formidable, aquel estrépito estaban producidos por una caída de agua que se precipitaba en la mina.

Abandoné el wagon sobre los rails, y corri hacia el tajo.

— ¡Tío Gaspar, el agua está en la mina!

— ¿Vuelves á tus majaderias?

— Se ha hecho un agujero en el fondo del *Divonne*; ¡huyamos!

— Si, tiene oídos; espero que pronto tendrá ojos.
— Lo que ahora hace falta es que tenga brazos — dijo el tío Gaspar.

Y me dió una cuña para ayudarle á separar un pedazo de huilla que habia desprendido por debajo, pues los *piqueros* emplean, á veces, como auxiliares á los *arrastradores*.

Cuando volvía de empujar mi *cuévano* hasta el pozo de *Sainte-Alphonsine*, por tercera vez oí hacia aquella parte un ruido formidable, un mugido espantoso y tal como nunca habia oído otro desde que bajaba en la mina. ¿Seria algun hundimiento, algun derrumbamiento general? Escuché durante unos

— ¡Déjame en paz!

— Oid.

Estaba tan conmovido y era mi acento tan trémulo que el tío Gaspar se quedó con el pico levantado para escuchar; continuaba el mismo ruido pero más fuerte y más lúgubre. No habia duda, el agua se precipitaba en la mina.

— Corre á escape — me gritó — aquí tenemos el agua.

Sin dejar de gritar: «el agua está en la mina» cogió el tío Gaspar la lámpara, pues éste es el primer movimiento de un minero, y se encaminó por la galería adelante.

Apénas anduvo dos pasos me encontré al *magister* que bajaba por la galería para darse cuenta del ruido que le habia asustado.

— ¡Agua en la mina! — gritó el tío Gaspar.

— El *Divonne* tiene un agujero — dije.

— ¡No seas tonto!

— ¡Huye! — gritó el *magister*.

(Se continuó.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA,

POR D. JOSÉ MORENO FUENTES.

TERCERA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

EX TIERRA. — LA FLORA DE AQUELLOS PAÍSES. — OBSERVACIONES. — CONSECUENCIAS CIENTÍFICAS. — EN MARCHA.

I.

— ¿Qué decís, doctor amigo? ¿No os cansáis de admirar el sorprendente y extraño país á que hemos alcanzado?

— No, en verdad, don Félix. Diera por bien empleado más susos y penalidades de las que en nuestra navegación hemos sufrido, si había de obtener como recompensa la incomparable satisfacción de contemplar estas maravillas, que ningún otro mortal antes que yo ha admirado....

— Perdonad, doctor; el ballenero Van-der-Zaans aportó á esta continente primero que nosotros....

— Sí, pero su estancia en él fué tan corta, que apenas pudo entrever las singularidades de estas tierras.

— Sin embargo, nos dió en su Memoria amplios detalles.

— Sí, de las riquezas mineralógicas que casi hollamos con nuestras plantas.... ¡Era lo único que podía interesar á un holandés!.... Este rasgo pinta gráficamente el carácter de su nación, especulativo y comercial sobre todas las cosas. Yo admiró también como el que más esos tesoros que á flor de tierra nos deslumbran por todas partes. ¿Qué nos comparados con ellos los ricos placeres de California, ni los ponderados yacimientos diamantíferos del Brasil? Pero mucho más me sorprende y asombra la flora singular de estos países. Nada de lo que vemos aquí es comparable á lo que existe en las demás regiones de la tierra. Estamos en presencia de un mundo vegetal, perteneciente á una edad geológica que desaparición de la superficie de nuestro esferoide hace muchos millares de años.... ¿No opináis, como yo, capitán?

— En vista de los hechos es preciso rendirse á la evidencia, y no es aventurado suponer que así como, al decir de los sabios, pueden estudiarse todas las fases de la civilización del hombre en la misma humanidad, pues todas ellas están representadas actualmente en distintas razas y regiones.

— ¡Justo! — prorumpió el doctor Poey afirmándose en la teoría los espejuelos. — ¡Justo! — repitió. — Del propio modo pueden estudiarse ahora, en repre-

sentantes vivos, digámoslo así, las edades prehistóricas de la tierra.... ¡Ah! vos me ayudaréis, amigo mío; haremos un trabajo, tan concienzudo y completo, que ilustrará nuestros nombres y producirá inconcebible estupefacción en los sabios del antiguo y del nuevo Mundo.... ¡Ah! estoy absorto, maravillado.... ¡Nunca podré agradeceros bastante, mi noble amigo, que me asociéis á esta expedición!

Y el señor Poey, poseído de entusiasmo, sacó un pañuelo de su bolsillo, y empezó á frotar con él los empañados cristales de sus anteojos.

II.

Tenia lugar esta conversación sobre un pequeño ribazo, que dominaba un extenso valle, en el cual crecían con extraordinaria profusión las más fantásticas producciones del mundo antediluviano. No estaban solos en el ribazo el capitán Ballesta y su amigo el doctor; acompañaba también la esposa del primero, vestida con su traje masculino, que tan á maravilla le sentaba.

Al frente de ellos, como á dos kilómetros de distancia, desplegábase en semicírculo la anchurosa bahía en que se veían anclados el *Baltasar Ballesta* y el *Algeciras*. Á espaldas de los citados personajes se elevaban las estribaciones de una montaña, casi cortada á pico por aquella parte; su superficie abrupta, hendida, desgarrada en muchos parajes, era indicio seguro de su origen ígneo; en sus flancos véanse aún las antiguas huellas que en ellos habían dejado verdaderos torrentes de encendidas lavas; aquellas rocas ennegrecidas, requemadas, cubiertas á trechos de tintas rojas, azules y amarillentas, revelaban claramente que más de un cataclismo geológico habían removido de su antiguo asiento.

Algunos marineros, dirigidos por el contramaestre *Borrasca*, construían una gran empalizada, cuyos dos extremos se apoyaban en las estribaciones de aquellos peñascos mogotes, que elevábase á 50 ó más metros de altura. En las primeras rocas, pendiente de un alto mástil, ondeaba, movida por la brisa del mar, la bandera española.

— Ved, capitán, ved — decía á la sazón el sabio calandose las antiparras — á cien metros lo más distante de nosotros se encuentra un grupo de vegetales que en nuestros climas, á orillas de los pantanos, apenas alcanzan 50 centímetros de altura.

— ¡Cómo! — exclamó Clotilde — ¿y aquí se elevan tanto?

—Si, señora: esos licópodos, que así se llaman, llegan á medir en estas tierras diez ó más metros de extension.

Ved más allá esas enormes colas de caballos, llamadas así porque revisten esa apariencia; tendrán de ocho á nueve metros de altura; en nuestra zona tórrida apenas se levantan del suelo. Los licópodos con los helechos arborescentes, de los que se ven aquí gigantescos ejemplares, forman la base, el núcleo, digámoslo así, de los terrenos hulfíferos. Observad más lejos, hácia el Sur, un bosque de helechos, cuyas dimensiones son tan extraordinarias, como que no alcanzan la tercera parte de su altura en las más ardientes regiones del Ecuador. Admirémos su bello conjunto, su lujuriosa vegetación, á la cual debe hoy el mundo civilizado los enormes depósitos de carbon de piedra, que es el espíritu vital, digámoslo así, que pone en movimiento nuestras máquinas de vapor. Ved, capitán, hácia este lado otro inmenso bosque, compuesto de coníferas, altas palmeras ó calamitas de erguidos troncos, cuya elevación sobrepuja en muchos codos á las de su especie que viven en las regiones tropicales.

III.

—Perdonad que os interrumpa, señor Puey —dijo en este momento Clotilde;— ¿pero qué árboles son los que asoman por encima de aquel ribazo? Su aspecto es singular: no tienen hojas, sino multitud de ramillas que salen de sus gruesos y redondeados troncos.

—Esos son *lepidodendron* de tallos bifurcados, cuya apariencia monótona y extraña fatiga los ojos. Más allá, en la misma direccion, se ven multitud de *sigillarias* de erguidos troncos acamallados, que concluyen en un espesísimo penacho de hojas angostas, cuyo oscuro color se destaca vigorosamente sobre el azulado matiz del cielo. ¡Ah! en cuanto penetremos en el interior del país hallarémnos á cada instante nuevos motivos de sorpresa.

—Si es que podemos avanzar por en medio de esos bosques de las primeras edades —prorupió el capitán Ballesta.

—¡Ahjá! —exclamó el sabio en uno de esos arranques de verbosidad que le eran peculiares. — ¿Y quién ó quiénes nos lo podrán impedir? ¿Mister Crósslow quizás? Ya habéis visto que despues del hecho de insubordinación que tuvo lugar á bordo de su nave, tomó la vuelta de afuera, como decís vosotros los marinos, y nos dejó libre el campo..... Parece que aquel suceso ha modificado sus intenciones; tal vez no sea en nosotros, desde aquí en adelante, contrarios dignos de medir con él sus armas; acaso nos otorgue su más cumplido desprecio, y por lo que á mí hace, le acepto con gusto, á trueque de que nos deje en paz.

—¡Ah! —balbuceó con dolorido acento don Félix;— bien poco le conocéis cuando pensáis, que puede dar al olvido la animosidad con que persigue á su familia desde veinte años á la fecha. Su eterna ofensa, su sólo perdurable constituyen el principal elemento de su carácter discolor y batallador.

—Y aunque así fuese, amigo mío, ¿cómo vamos, si recurre á la fuerza para inutilizar nuestros propósitos, que nos arrolle sin combatir, sin que hagamos valer nuestro buen derecho?

—No, en verdad, doctor; conocéis mis intenciones, por las cuales, en extremo tal, estoy dispuesto á todo. Pero no me refería á esos inconvenientes que dudar que pudiéramos internarnos en los bosques que contemplamos desde aquí.

—¡Angela María! pues que otras causas podrían impedirnos.....

—Estos bosques, como vos mismo reconocéis, están formados por vegetales que corresponden, en su mayoría, á los periodos silúrico y devoniano; así, bien, en esos lejanos tiempos en que los representantes del reino vegetal, que habéis casi descripto, formaban toda la tierra, no era posible en ella la vida animal fuera del seno de las aguas; porque el exceso de carbono que saturaba la envoltura gaseosa que rodeaba entónces al planeta sólo podía favorecer el fenomenal crecimiento y desarrollo de la flora terrestre.

IV.

—¡Ah! —prorupió el señor Puey dándose un palmado en la frente. — Ya advierto adonde quisier ir á parar. Pensáis acaso que es tan excesiva la cantidad de ácido carbónico acumulado en esos inmensos cables bosques, que pudiera ser factible sucumbiéramos en ellos de asfixia, por falta de ambiente respirable para nuestros pulmones. Confieso que no había pensado en semejante inconveniente; pero á que en aquellas primitivas edades, cuando las condiciones de la vida circunscribíanse en la calzada caliente terrestre á la asombrosa y exuberante manifestación del reino vegetal, no se sigue, claramente, que, siendo muy distintos hoy los elementos de nuestra atmósfera, sea imposible la vida animal en el interior de esas dilatadas selvas, por más que en su conjunto y detalles revistan los caracteres de las pocas carboníferas.

—Sabéis, doctor, que en aquellas épocas en que la temperatura era muy elevada, la humedad inmensa y en que el ambiente sentíase saturado de ácido carbónico, sólo á estas esenciales condiciones de la flora de aquel tiempo su inmensa acumulación; tal fué, que sus vegetales formaron depósitos de hulla, de más de dos metros de espesor en algunos lugares, habiendo en muchos parajes de la corteza terrestre como sucede en Lieja, de veinte á veinticinco capas de carbon mineral. Ahora bien, el sabio Beaumont le calculado que nuestros bosques actuales sólo formarían, en la extension de los yacimientos carboníferos que hoy existen, en el periodo de cien años, una y seis centímetros de hulla. De este cálculo se deduce naturalmente cuán prodigioso número de vegetales se habrían acumulado para formar el gran espesor de aquellas capas.

—Y decid también, capitán Ballesta, ¿cuántos miles de años habrán sido precisos para obtener esos enormes yacimientos de carbon de piedra?

—Trescientos mil años, día por día, según Beaumont.

en los más concienzudos cálculos. Supuesto lo que sucede, si es innegable que para la formación de la flora devoniana y permiana fué necesario que corriera aquellas especiales condiciones de calor, humedad y ácido carbónico, ¿cómo, sin las fuerzas que entonces sumaban aquellos factores, pueden existir al presente en este rincón del mundo esos vegetales portentosas manifestaciones de los tiempos prehistóricos y antediluvianos?

—Difícil es la solución del problema tal cual lo presentáis, amigo mío. Nos encontramos á 80° 15' de latitud S.: el calor que sentimos sólo es comparable al que se disfruta en el estío en las tierras de Andalucía; respecto á la humedad, basta fijar los ojos en esta tierra esponjosa, especie de arenisca abigarrada, casi enteramente al período secundario, para convencerse de que la atmósfera que gravita sobre ella se encuentra saturada de efluvios acuosos; y en cuanto al carbono, es incontestable su abundancia en este extraño país. Vedle por todas partes formando distintas sustancias y revistiendo diferentes formas. Observad esos guijarros que remuevo con el pié; son verdaderos trozos de antracito, del griego *antracites*, negros, desmenuzables, que tienen un brillo metálico y arden lentamente sin olor ni humo; condiciones esenciales que le separan del carbono de piedra. Ved al pié de este ribazo esas rocas de pizarroso color y extraña consistencia; el carbono predomina en ellas; son grafito puro, de *grafita*, escribir; también se le llama *plumbagina* ó *lapis-pluma*. Compónese de *pirita*, sustancia formada de cuarenta y seis partes de hierro y cincuenta y cuatro de azufre, y de carbono, que existe algunas veces en el grafito casi en estado puro. Contemplad también, amigos míos, esos yacimientos de pequeños guijarros y piedrecillas que vemos desde aquí entre las rocas, como si fueran el cauce seco de algún arroyo, perfido desde mucho tiempo atrás en las elevaciones de las tierras que recorría. Observad que las formas de esas piedrecillas son perfectamente regulares; sus cristalizaciones revisten siempre la apariencia de octaedros ó dodecaedros, y constituyen el diamante, cuyo valor comercial alcanza á veces considerables sumas, y ¿qué es el diamante? Poco lo sabéis; amigos míos: carbono puro, que expuesto al calor de un fuego violentísimo no experimenta alteración alguna si está privado del contacto del aire y del oxígeno; mas si esto no sucede, arde con gran brillo, despidiendo una gran llama azul; nunca deja residuos ni oscuras; volatilízase, mejor dicho, se resuelve en ácido carbónico puro sin mezcla de vapor acuoso. Tengo para mí que cuanto más avanzamos del paralelo 80° hacia el polo geográfico, esto es, hacia el punto donde se reúnen todas las líneas meridianas, mayores grados de humedad y calor hemos de sentir. Tal vez en el interior de este país extraño encontremos más cumplidas explicaciones acerca del problema que tanto nos preocupa.

V.

—Admirable, doctor—dijo en este momento Clotilde—que no hayamos visto aún cuadrúpedo ni reptil alguno.

—Traeme esa circunstancia un si es no es alarmado....

—En ella fundo también mi opinión—repuso don Félix—de que la vida animal ha de ser imposible dentro de esos bosques, si es que á su flora especial corresponden las circunstancias meteorológicas y climáticas de otros tiempos.

—Pues; Angela María! como dicen mis pábanos de Puerto Príncipe salgamos pronto de dudas. Empezaremos, si os place, una pequeña excursión por ese dilatado bosque, que parece nos invita á franquearle.

En marcha, pues—dijo el capitán, preparándose á bajar con su esposa del ribazo.

—Esperad, esperad un poco, amigos míos—gritó el sabio.—Dejad que limpie los cristales de mis antiparras, que la cosa requiere ver muy claro y andar con cien ojos, según suele decirse.

Y el digno hombre, después de practicar aquella importante operación, colocóse en bandolera un magnífico rifle, cuyo aspecto sólo produciale escalofríos, y bajó rápidamente el declive de la pequeña eminencia en que estaba encarnado. Félix Ballesta y Clotilde le siguieron; ambos iban también armados con carabinas Remington.

CAPÍTULO II.

DENTRO DEL BOSQUE.—MARAVILLAS VEGETALES.—UN SAPO INVEROSÍMIL.—OTRO MONSTRUO ANTEDILUVIANO.

I.

A poco más de cien metros, como antes indiqué, se encontraba el bosque al cual dirigieron sus pasos los tres amigos. Era de ver á la joven esposa del capitán cuán áirosamente llevaba el pantalón ceñido á la cadera; con qué garbo lucía el chaleco, la americana, un gran pañuelo de seda atado al cuello, á guisa de corbata, un sombrero redondo que recogía su abundante y sedosa cabellera, y la brillante carabina, que, más que instrumento de muerte, parecía un objeto de arte, terciada á la espalda.

El amor suele realizar verdaderas maravillas. La joven, tímida, pudorosa, llena de angustia y vergüenza por el paso, algo atrevido si se quiere, que en los primeros capítulos de esta historia dió, buscando en la entonces corbeta *Algeciras* un refugio contra las indignidades de Mr. Crósbow, poseída ahora de espíritu varonil, como ya ha tenido el discreto leyente ocasión de ver, había arrojado con singular entereza las penalidades de aquella larga navegación.

Cuidadosa y vigilante siempre, no tenía á bordo el capitán Ballesta, y contaba con fieles servidores, amigo más leal y desinteresado que su esposa. Cuántas veces esta noble mujer, mientras su marido, abrumado de insomnio y fatiga, buscaba en el lecho el preciso descanso, pasábale las noches en vela, atenta á todos los rumores que venían del exterior!

Y en aquellas largas horas, ¿cuántas inquietudes, cuántas angustias experimentaba su corazón amante! En algunas ocasiones, engañada por desasosados ruidos que sentía sobre cubierta, abandonaba su cama-

rote, y llena de virilidad, colocábase delante del de su esposo, armada la temblorosa diestra de un revólver.....

¡ Ah! el amor inducía á aquella jóven á hacer el sacrificio de su vida, si necesario fuese, por salvar la de su esposo. La dulce y tímida gacela transformábase en este caso en fiera leona.

Acompañada del capitán y del doctor Pocy penetró con ellos en el bosque. Algunos helechos arborescentes, de gigantescas dimensiones, diseminados por la accidentada planicie del terreno, daban entrada, permitiéndose la frase, á la oscura selva que ante los exploradores se extendía.

Tan apañados se veían en el interior los representantes de aquel extraordinario mundo vegetal; que apenas quedaba algún espacio libre entre sus erguidos troncos; y aun estos pequeños huecos aparecían materialmente obstruidos por largos filamentos de plantas parásitas y trepadoras, que enlazaban unos árboles á otros con multitud de festones y aéreas ghirnaldas.

Aquella poderosa vegetación, si admiraba por su fenomenal desarrollo, inspiraba al espíritu incómprensible fatiga, y á los ojos no ménos singular cansancio. Era que aquellos árboles revestían en su color una abrumadora uniformidad; no había en ellos variación de tintas ni de tonos; un verde oscuro, intenso, sin diferentes matices, esmaltaba por igual aquellos vegetales, que vivían constantemente en perpétua primavera.

Ni aun en sus más rudimentarias formas veíanse en ellos flores algunas; este bello encanto de los vegetales no había aún venido á la vida. La flora de los terrenos devoniano y perméico capecieron en absoluto de aquel pintoresco adorno.

La Naturaleza habíales dado las matrices más sencillas y rudimentarias de la existencia vegetal. Casi todos los representantes de aquel mundo llevaban en sí mismos el germen de su propia fecundación. No es de extrañar que la monotonía de su configuración y la de la constante uniformidad de sus colores produjera en el ánimo abrumadora fatiga.

II.

El terreno del bosque desaparecía completamente bajo una espesa alfombra de restos vegetales. Gracias á esto no se hundían en él los exploradores, porque era pantanoso é inconveniente; parecía hallarse en un plano inferior al del nivel del mar. Sentíase allí gran calor y el ambiente estaba saturado de humedad y de miasmas deletéreos; sin embargo, no sufrían los pulmones, al aspirarle, malestar sensible.

El capitán, el doctor y Clotilde avanzaban resolutamente por aquella intrincada selva, no pisada, quizás, de seres humanos hasta entónces. Los rayos solares atravesaban difícilmente la espesura; en los puntos en que lograban herir el suelo, elevábase de este un vaho blanquecino y sutil, como si allí se empezara á desecarse en pantanosa superficie.

Tras media hora de marcha, llegaron á las inmediaciones de una gran ciénaga de agua verdosa y pestilente.

— ¡ Jesús me valga! — exclamó en aquel momento Clotilde.

— ¿ Qué ocurre? — preguntó alarmado don Félix.

— Ved, amigos míos — continuó diciendo su esposa; — allí, á orillas de ese lago, ved aquellas plantas de una sola hoja..... parecen inmensos quitasojos.

— Pues — prorumpió el señor Pocy — son hojas ni más ni ménos.

— ¡ Bah! ¿ Os burláis, doctor?

— No, querida señora; son hongos como los que nacen en nuestros climas; no hay más diferencia sino que éstos son de un tamaño enorme, volad, como que medirán, aproximadamente, de diez á veinte metros de diámetro.

— ¡ Parece increíble!

— Pues más os sorprenderéis ahora. ¿ Veis aquellos grupos de troncos erguidos y rectos, que alcanzan una altura de doce ó más metros?

— Sí; ¿ qué son?

— Espárragos, señora mía, espárragos semejantes en todo, ménos en su descomunal extensión, á los que se sirven en nuestras mesas.

— ¡ Espárragos de doce metros!

— Con uno solo de ellos — exclamó riéndose don Félix — pudiera satisfacerse el apetito de los gigantes del *Baltasar Ballesca*.

— Pues ¿ qué me decís de esos árboles que á nuestro frente se elevan en montón, siendo tanto su anchacotamiento, que sería de todo punto imposible abrirse paso entre ellos? Esos árboles son los antecesores del humilde musgo que alfombra nuestros campos.

— Pero, doctor, todo esto es verdaderamente maravilloso, casi inverosímil.

— No podemos, amigos míos, negar la existencia de lo que ven nuestros ojos, de lo que palpan nuestras manos. Prosigamos tan curiosa exploración. Muchas veces habréis observado á las orillas de los ríos y en las márgenes de las lagunas del antiguo mundo espesos juncales, que apenas miden 30 centímetros de altura; pues ved sus progenitores, en las riberas de ese lago de negras aguas, midiendo siete y ocho metros de altura. ¡ Ah, condenados espejuelos! — no os escurren sin saber cómo.

Y así diciendo, el digno doctor Pocy encampanó nuevamente sobre el nacimiento de su acballola por rix aquel, para su vista cansada, imprescindible objeto de óptica. Después continuó de esta suerte:

— Los terrenos de transición entre la época primitiva y secundaria consumieron toda su savia, según dice Zimmermann, en dar vida y crecimiento á nuestros más humildes criptogramas, juncos y helechos; la lujuriosa vegetación de aquellas edades ha abarcado en nuestros continentes más de 600.000 kilómetros cuadrados de carbon de piedra. Pero ¿ qué observais con tanta atención, don Félix?

— Una cosa — exclamó el capitán — que me espanta y me espanta.

— ¿ Qué os espanta decir? ¿ Qué es ello?

— Mirad estas huellas marcadas en la hierba primitiva y humana vegetal que pisamos.

— Es verdad, y son enormes. Se ve en ellas el

lieve de las manos y los piés de un monstruo gigantesco. Tienen estas huellas la forma de una mano cuyo pulgar estuviese vuelto hácia atrás. Las de las extremidades posteriores tendrán 30 centímetros de largo y distan de las anteriores 70.

—Está supuesto, doctor, que el animal á que pertenecen es de gran tamaño.

En este momento Clotilde estrechó con fuerza el brazo de su esposo; estaba pálida y temblorosa.

—¡Callad!—dijo en voz baja.—¡Huyamos de aquí!

III.

Á treinta metros, á lo más, del sitio en que se en-



Mirad, Borrasca — dijo á la sazón la angustiada Clotilde....

contraban, había visto Clotilde salir de en medio de las turbias aguas de la ciénaga y saltar á la orilla, un monstruo de mayor tamaño que un buey, de horrible y desconocido aspecto, que hacia aún más repugnante el color verdoso y parduzco de su epidermis. Más que por el temor de hacerle frente, con el fin de observarle á sus anchas, corrieron Clotilde y sus acompañantes á esconderse á un grueso manchón de *colas de caballo*, que alzaba una elevación de nueve á diez metros.

El animal adelantábase hácia el sitio que aquéllos habían abandonado.

—¡Ah, ya le he conocido!—dijo el sabio á media voz.

—¿Cómo se llama?—preguntó la jóven esposa del capitán.

—Él quizás ha impreso las huellas que examinábamos hace un instante.

—¿Pero de qué suerte se designa ese monstruo? ¿qué nombre lleva?

—El famoso naturalista Owen le llamó *labirintodonte*, en razon al singular aspecto de sus dientes, formados por laminillas retorcidas. Es un finísimo reptil que pertenece á la gran familia de los batracios; es, para concluir, un sapo....

—¡Callad, doctor! ¡Un sapo que es mayor que un toro! ¿Por ventura es esto posible?

—No lo dudeis, amiga mía. En su forma, en su

EL PRADO.





SANTUARIO DE BEGOÑA.

organización, hasta en sus costumbres, es semejante á sus actuales congéneres; no hay más diferencia sino que éste es de talla colosal, y aquellos apenas miden el grosor de uno de los dedos del que tenemos á la vista. Por lo demás, si á su espantosa magnitud y fuertes mandíbulas, armadas de multitud de afilados dientes, une la insaciable voracidad de nuestros vapos comunes, este monstruoso reptil debe ser feroz como ninguno.

— ¡Afortunadamente — balbuceó Clotilde — pasa de largo sin que nos haya apercibido.

— Felicitemos por ello — repuso el capitán.

Después añadió:

— ¿Sabéis, amigo Pooey, que me parece advertir cierta cansancio en mis pulmones.... respiro con cierta dificultad.

— Hace algún tiempo que noto en mí lo mismo. Estos bosques, que parecen tener muchos kilómetros de extensión, se hallan á muchos metros bajo el nivel del mar. El ambiente está saturado de emanaciones nocivas, y no podremos internarnos más en estos terrenos pantanosos y pestilentes sin adoptar ciertas precauciones. Opino, pues, que volvamos á nuestro campamento.

— Decís bien: esto es triste y monótono; en tan crecida profusión de vegetales, no se ve una flor, ni un fruto, ni aun grano alguno de semilla; aterra el sepulcral silencio que impera en estos bosques; las aves no anidan en ellos, y los seres que los habitan deben ser mudos.

— Tal sucedía, don Félix, en la época de transición á que pertenece esta selva interminable.

— Ved, doctor, estas ramillas que he arrancado del pie de esa *sigillaria*; parecen pertenecer á un criptógamo desconocido.

— Efectivamente. Guardadlas; formarán el principio de nuestras futuras colecciones. Ahora volvamos sobre nuestras pasos.

— ¿Estará ya bastante lejos el sapito? — preguntó Clotilde no si es no es temerosa.

— Si, cambeemos sin hacer ruido. Sería muy desagradable un encuentro con ese terrible batracio, cuya cabeza, en los restos fósiles que de él se hallan, suele á veces medir 1,30 metros de largo.

IV.

Tres horas después de lo que precede dicho, como á las dos de la tarde, una escena de duelo y amargura infinita tenía lugar en aquellos bosques sombríos. Clotilde parecía desolada; por su agraciado rostro resbalaban abundantes lágrimas; veábase convulsa, alligada, agobiada bajo el peso del más vehementemente dolor.

También el tiempo de don Pucheo andaba de un lado para otro, triste, pensoso, poseído de extraña inquietud, agitados los ojos. El contramaestre *Borrasca* y algunos marineros recorrían en diferentes direcciones la inextricable selva, disparaban de vez en cuando sus remingtons y llamaban á grandes voces al capitán Ballista.

— Mirad, *Borrasca* — dijo á la sazón la angustiada Clotilde, enseñando al contramaestre una ramita

criptógrama que había recogido del suelo; — estas briznas de hierbas las arrancó el capitán algunos momentos antes de que acaeciera el fatal accidente. ¡Ah! ¡iriste de mí! ¡Félix, Félix de mi alma! ¿dónde estás?

— ¡San Telmo me valga! ¡Válgame San Telmo! — tartamudeaba el honrado contramaestre, sin saber lo que se decía, y fijando como entontecido su alligada mirada en las ramillas medio secas que le presentaba la esposa de su jefe.

— Vamos, *Borrasca*, vamos. ¡Busquémole! ¡no perloamos un instante! ¡Ah! ¡no ahoga la angustia! ¡me mata el pesar!

Y la triste joven, llena de virilidad en medio de su inmensa aflicción, arrastró en pos de sí á *Borrasca*, que marchaba á grandes pasos, repitiendo inmensamente esta frase:

— ¡San Telmo me valga! ¡Válgame San Telmo!

¿Qué había sucedido? ¿Por qué se mostraban todos tan apesadumados? ¿De qué extraño accidente parecía haber sido víctima el capitán Félix Ballista? Explicaré en breves palabras lo ocurrido.

Volvíase, paso entre paso, hacia el campamento, Clotilde, su esposo y el doctor, cuando de repente, sintieron un gran ruido en la arboleda, como á muchos de aquellos vegetales cayesen en tierra rotos, despedazados, hendidos por una fuerza superior; al mismo tiempo vieron venir hacia ellos, en dirección de la ciénaga, y dando saltos prodigiosos, el *laberintodonto*, cuya presencia tanto les alarmó algunos momentos antes.

El enorme batracio parecía haber, poseído de terror de un enemigo oculto. Y que éste debía ser poderoso y terrible lo indicaba el destrozo que á su paso producía en el bosque. Los exploradores detuvieron sorprendidos, aterrorizados.

(Se continuará.)

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Accediendo á los deseos manifestados por algunos de nuestros favorecedores, hemos hecho fabricar unas tapas especiales en tela encarnada, para el primer tomo de nuestra publicación, que se venden al precio de 1,75 pesetas cada juego.

Los que deseen que esta casa se encargue de la encuadernación de dicho tomo, pueden remitirnos los números correspondientes y se los devolveremos, magníficamente encuadernados, mediante la suma de 2,50 pesetas.

EL PRADO.

LEYENDA GALLEGÁ.

I.

Ribazos de apacibles laderas, de cuevas suavemente inclinadas, tan gratas al andar como al descanso, doquier vestidas de perenne césped, juncos secos ni juncos marchitos, y asombradas á trechos de espesas arboledas, cuyas ramas solian mecerse sobre el tejado de tal cual *lugar* (I) ó caserío, servían de engarces á la preciosa joya, propia de Santiago de Amil y de Andros de Abelenda. Prado que recibiese tan líen los primeros rayos del sol nascente, más al abrigo del Nordeste, ni mejor dispuesto para el riego, no le ha habido jamás en la Mariña. Divídale en dos *hábita* la mitad espesa hilera de mimbres, lindero puesto allí de intento para que Santiago de Amil supiese hasta donde llegaba su propiedad, así como Andrés de Abelenda la suya, en lo cual tenían ambos grandísimo cuidado, atendiendo con esmero á los mimbres para que no variasen de lugar hácia su parte ni una pulgada de terreno, bien que no habrían puesto inconveniente á que la linde se alejara cuanto quisiera en sentido opuesto.

Más á pesar de tan encontrados deseos, ó mejor por dicha razón, los mimbres se estaban siempre quietos sin darse por entendidos de la voluntad de Abelenda ni de las intenciones de Amil.

Samejaba el Prado magnífica esmeralda, y era el verdader centro del hermoso país que todo en torno servía de solaz y recreo á los ojos. Al ver semejante cuadro, meramente uno de los infinitos que son glorioso adorno, y deberían ser orgullo de España, toda persona sensata y capaz de comprender y amar lo bello, no podrá menos de lamentar el increíble desdén con que á menudo miramos cuanto de Galicia proviene.

Ya es tiempo, plegue á Dios no sea tarde, de recoger tanto injusticia; la hermandad, por lejania, olvidada entre ingleses ó irlandeses, puede explicar en parte el odio que se profesa, y la guerra exterminadora que ambos pueblos se han hecho; pero que un hijo, nuevo Cham, al ver desahado á su padre, se burla de éste provocando la cólera del cielo, eso es lo que ha estado acaeciendo; y aún dura por ciertas comarcas y provincias de España!

En cuanto á mí, si no he nacido en Galicia, soy, como otros muchos que recientemente lo callan, hijo de gullagos; tanto me honra su sangre como el deber á Dios la merced de haber nacido en Madrid; reniegue de los suyos quien quiera, por mi parte todo hijo de Galicia, pobre ó rico, de alta representación ó oscuro nacimiento, me honrará si me llama su hermano; de igual manera, el más humilde segador, renegue al casancrío, estentado por un sol á que no está hecho, herido á menudo de muerte en medio de los áridos campos de Castilla y Andalucía, talasen y tris-

te, consumido por la calentura, cubierto de harapos y señalado con el dedo, ¡cuál si su honrada pobreza mereciera burla en vez de respeto! *Esa es mi hermano.*

II.

Todo vecino suele, á veces, dar que hacer, y las tres provincias de *Arucas-bal* tienen á menudo no pocos asuntos que arreglar de puertas adentro, sin que por eso dejen los vascogados de llamarse hermanos también. No es, pues, extraño que Amil tuviese que decir de Abelenda, y éste, por su parte, se quejara de que por la noche le quitaban agua del prado, en lo cual nadie tenía interés más que Amil. Ponia éste el grito en el cielo y juraba por el *Santo Apóstol* que á él le había tocado la peor parte, sin contar que, como Abelenda tenía derecho á regar primero, solía despacharse á su gusto sin dejar una gota de agua. Replicaba aquél que no había tal, disputaban amenazándose mutuamente con la tremenda palabra *pleito*, verdadero resumen de todas las desventajas de Galicia; acudía cada uno por su parte á *consultarse*, como suele decirse, con su abogado de la *villa* ó pueblo más próximo, el cual, después de ver sobre la mesa de despacho la peseta que precede á toda consulta de labradores, decía al consultante que sentía en el alma no poder ayudarle á poner un buen pleito al picaro vecino; pero que, en fin, le trajese más *pruebas* y venían la manera de que se hiciese justicia; después de lo cual salían Amil y Abelenda de casa de sus respectivos abogados, dispuestos á volver á *consultarse* de nuevo, para lo cual contaban con llevarles más pruebas y más pesetas.

III.

Media noche era por filo, hora en verdad medrosa por los campos y corredoiras de Galicia; leve bataba el aura por las ramas de los pinos; blando y apacible era el húmedo ambiente, manso corría el arroyo; ántes de llegarse al prado, por entre cuya menuda hierba se esparcía, siguiendo las cien reguerillas que de intento había hecho Andrés de Abelenda para el mejor reparto de las aguas. El asiento y disposición del prado, así como la mayor humedad que allí reinaba, hicieron que empezara á alzarse en aquel sitio ligera y vagarosa neblina, que fué poco á poco tornándose en revuelta y densísima niebla, al traves de la cual apenas era dable distinguir los objetos. Cesó de pronto el raudal que en el prado de Abelenda entraba, y á poco se le oyó á borbotones por el seco prado de Amil. Cierto que éste debía de tener alguna *meiga* ó bruja del todo inclinada á favorecerle, pues de lo contrario no se comprende cómo el agua pudo dejar tan repentinamente de beneficiar el prado de Abelenda, para marcharse así, sin más ni más, al del vecino.

Espesa era la niebla y de las buenas de Galicia; de ese modo no era dable acertar con lo que podría ser un negro bulbo que de acá para allá se movía cruzando el prado de Amil, quizá la *meiga* protectora de éste. Duró lo que vamos refiriendo más dos horas, al cabo de las cuales el bulbo empezó á moverse

(1) El verbo se suele componer en Gallega de dos ó tres cismas, á fin de repetir, *lugar* y *lugar*.

con tal prisa, que Andrés Abelenda, hombre más que cauteloso y desconfiado, que á esto bajaba de su casa para ver si le robaban el agua, sólo acertaba á hacerse la señal de la cruz y á gritar: *vade retro, Satanás!* palabras que lo había enseñado un primo suyo, estudiante, poco aficionado á serlo, y que, por lo tanto, había sido echado del seminario.

Mostróse entre celajes la luna, y los lejanos tonos del Atlántico que se empezaron á oír, dieron claras muestras de que el viento había cambiado en aquel instante. El Nordeste que á la sazón llegaba, si bien no podía barrer á su sabor el prado, empezó á dar tales sacudidas á la niebla, que éste sólo pudo resistir en lo más hondo del vallecillo, y aun allá fué á buscarla su feroz enemigo, revolviéndola y haciéndola retorcerse, cual si la causara pena el verse obligada á huir del hermosísimo prado.

Á todo esto seguía el bueno de Abelenda santiaguándose, sin más fuerzas en los piés que para permanecer clavado en el suelo, ni más aliento en los labios que para decir de vez en cuando *vade retro*; tales eran las idas y venidas, los saltos y contorsiones de aquella, de seguro alma en pena, dueña á la sazón y señora del prado de Anil. Mas hé aquí que la dichosa alma, no contenta con esto, dió un brinco y de repente se halló á pocos pasos de Abelenda. No era el caso pensado macho, con lo que éste, viendo que ni aun la señal de la cruz arrojaba al dichoso aparecido, se dió á correr saltando de un brinco la corredoiira y trepando la cuesta arriba sin parar hasta su casa.

IV.

Graves sucesos acaecían entónces por lo de Anil; había éste salido iba ya para tres horas, sin que su mujer, que lo estaba esperando, le viese venir, por lo cual, dormida y todo como se hallaba al lado de la *cureña*, su hogar, no dejaba de despertarse con visibles señales de impaciencia.

Entró en esto Santiago de Anil, con tardos pasos y tales muestras de cansancio, que su mujer no pudo menos de preguntarle qué tenía.

—¿Y por qué lo quieres saber—respondió aquel. La mujer insistió en sus preguntas, y Anil respondió después de los acostumbrados rodeos, de la siguiente manera, que traduciré lo más libremente que pueda:

—Bien se, *mira* Benita, que á nadie se lo has de decir, pero puedo asegurarte que vengo más muerto que vivo. Estaba regando el prado, valiéndome de la buena *bretema* (niebla) que había, porque como ese picaro de Abelenda se lleva toda el agua, justo es; en fin, mujer, creo que sobre ello no hay más que decir. En esto comenzó el viento á cambiar, y como podía dejarme la niebla al descubierto, pues desde casa de Abelenda se ve el prado mejor que desde la roca, fui-me á poner el agua como estaba antes de *tomársela* al vecino; apenas tuve tiempo de hacerlo, pues, jurara que un alma en pena andaba por allí.

—¿Jesus mil veces!

—Sí, Benita, parecíome un alma en pena, la cual, por fin, viendo que yo hacía la señal de la cruz, huyó

hacia la casa de Abelenda, con tales gritos y otras, que nadie diría sino que iba con la intención de devorarse arrastrando á los infiernos en cuerpo y alma á nuestro vecino. ¡Amén! Volvíme al prado de tes de que la niebla acabase de despejar, y entonces, Benita, me encontré con nuestro carnero argo, tan triste y callado, que bien merecía el nombre que le has puesto de *moucho* (mochuelo).

—Pero, hombre, ¿sabes qué estás diciendo? ¿el *moucho* está en la *corte* (establo) con los huesos, ¿cómo quieres tú que á estas horas...?

—Á estas horas, Benita, á estas horas, te digo que es el *moucho*; cogile de los cuernos para que me aguiera; pero antes se habría venido tras mi lagajera, á tirar yo de ella. Quise valerme de todos los medios para hacerle moverse, y mal pecado, el malillo *moucho* parecía de piedra. ¡O, demo! (demonio)—dijo yo entónces—y me le quise aclar á costas; amero que estaríamos los dos en el prado, si no juntara todas mis fuerzas, y cargado al fin con el maldito animal, no me le trajera á casa. ¿Pero lo quieres creer? Sudaba el dichoso carnero, sudaba, Benita, no te puedo decir cuánto sudaba; ello fué que me caló hasta los huesos.

—Y es verdad, pobre Santiago mío—dijo Benita palpándole la ropa—y *á carnicero*, ¿dónde está?—añadió llena todavía de dudas.

—Déjale á la puerta atado; vé por él.

Al punto Benita, tal era de hacendosa, curándose más del carnero que de la mojadura del marido, corrió á la puerta, en donde no halló ni rastro de lo que Anil decía. Acudió éste también á los gritos de su mujer; pero el *moucho* no estaba. Decía Benita que no había habido semejante carnero; juraba y luego añatabase Anil, sosteniendo que lo había habido, y por prueba se mostraba á sí propio.

Á todo lo cual contestaba Benita entre riso y enojo, mientras la noche pasaba sin que el matrimonio se pudiese entender; hasta que fueron al establo, y hallaron al *moucho* dando cabezadas entre los huesos; de pronto dióse Benita una palmada en la frente, y exclamó:

—¡Ay, Santiago, si será algún aviso del cielo!

Santiago no respondió, quedándose con los ojos clavados en tierra, empezando de allí á pasear á guisa de pié y mano, como si tuviese alfevecha. Grande fué el susto de su esposa al oírle decir:

—¡Oh, Benita, bien puede ser!

Santiago de Anil estuvo enfermo mucho tiempo, y aunque juraba no volver á las andadas, y convivia con su mujer en que lo pasado había sido aviso del cielo, no dejaba de exclamar para sus adentros:

—Verdad es que había una *bretema*, cojandome se, no digo del tejado de la iglesia, sino de llegar hasta el altar mayor, pero ello, no hay duda, que el sudor del carnero me caló hasta los huesos.

FERNANDO FUGAZO.

SANTUARIO DE BEGOÑA EN BILBAO.

Saliendo las pintorescas calzadas que arrancan en la plaza de la Cruz ó del Instituto de la invicta villa, se llega á una extensa explanada donde se alza el santuario de la Virgen de Begoña, devoto templo y milagrosa imagen, que bien pudiéramos llamar el Monserrat vizcaino. La iglesia se eleva sobre una eminencia que domina á Bilbao y todo el valle del Biscaya, y aunque la aparicion de la veneranda efigie, según las piadosas tradiciones del país, se refiere á época muy remota, el actual templo no data más allá del siglo XVI, reedificado y ampliado desde los primeros hasta los últimos años del XVI. Así es que en sus muros y adornos se ven alterar los caracteres del estilo ojival y del Renacimiento, cuyo último gusto domina en la portada. Sus capillas y altares ofrecen muy poco de notable; pero en cambio penden de sus muros bon pintados lienzos de escuela italiana, procedentes en su mayor parte del antiguo monasterio del *Disierto*.

No haie todavía muchos años, antes de que la guerra civil llevase la desolucion y el estrago á aquellas tranquilas comarcas, conservábanse en el altar mayor y laterales retablos del Renacimiento, con renombradas estatuas de Juan de Mena; pero convertida la iglesia en fortaleza en 1835, las tropas que la ocuparon destruyeron todas aquellas importantes obras de arte, para calentarse y cocer los ranchos con las andunas en que estaban delicadamente esculpidas. En la actualidad, el retablo en cuyo centro se venera la milagrosa imagen es de plata, notable por la riqueza del metal que lo forma. Cuadros de bastante mérito y varias escenas adornan tambien la sacristía, en la cual, y en el camarín de la Virgen, multitud de ornamentos y alhajas de gran valor bien demuestran los numerosos votos de los fieles y la fe que en la intercesion de la Virgen tienen los vizcainos.

La antigua torre de esta veneranda iglesia, despues de haber sido casi destruida por un rayo que la incendió, quedó completamente arruinada despues del sitio de Bilbao en 1835, y la que hoy se eleva sobre un gran arco, formando la inafrente del templo, no se levantó más allá del año 1852, en que la construyó el arquitecto D. Antonio Arzozne, de estilo greco-romano, con estradas pilastras jónicas en el segundo cuerpo y sencillas molduras en los otros dos, que estrechándose para buscar la forma piramidal, terminan el conjunto de esta torre-fachada.

La fama de este santuario y de los milagros obrados por la intercesion de la imagen que en él se venera es tal, que ya en el año 1796 escribía un libro el Padre Tomás Grande, dedicado exclusivamente á maravillas, y en la actualidad no hay dolor ni conflicto en que el amparo de la Madre de Dios, simbolizado en aquella imagen, no sea el más eficaz consuelo, no sólo de los vizcainos, sino de todos los hijos de las provincias Vascongadas. Por eso no hay ruemra en todo el país más concurrida que la de aquel santuario, ni se hallan un solo marineru vizcaino ó guipuzcoano que deje de invocarla al lanzarse á la mar, y que

no se encuentre sereno en medio de los mayores peligros, puesta toda su confianza en la *Virgen de Begoña*.

R.

LA MAQUINA DE COSER.

Entre los grandes descubrimientos que se han sucedido de medio siglo á esta parte, los hay de apariencia modesta, pero que deben llamar la atencion por la inmensidad de sus resultados.

Tal es la máquina de coser, que funciona hoy con tanta regularidad, y á la cual esta reservada an porvenir tan grande.

Los americanos han introducido en ella grandes perfeccionamientos, pero su descubrimiento no les pertenece.

Ese honor podemos reivindicarle para un artesano lionés.

Bartolomé Thimonnier, hijo de un tintorero de Lion, nació en Arbresle (Ródano) en 1793; hizo en su juventud algunos estudios en el Seminario de San Juan; despues aprendió el oficio de sastre, que ejerció en Amplepuís (Ródano), donde residia su familia desde 1791. Los fábricas de Tarare hacen ejecutar muchos bordados al cordero en las montañas inmediatas á Lion; allí encontró Thimonnier la idea de la costura mecánica y combinó un aparato destinado á reemplazar la mano de la bordadora y aplicable á su profesion; es decir, á la costura de trajes.

En 1825 Thimonnier habitaba en Saint-Etienne (Loira), calle de las Forjas; el sastre, que ignora los primeros elementos de la mecánica, pasó cuatro años trabajando bastante poco en el taller de su profesion, que da el pan á su familia, y mucho en un pabellon aislado, ocupado en lo que todos ignoran. Descuida sus negocios, se arruina, pierde su crédito, y se ve tratado de loco; poco le importa.

En 1829 es dueño de su idea; ha creado un nuevo utensilio, la máquina de coser. En 1830 consigue un privilegio de invencion para un aparato de coser mecánicamente á punto de cadeneta. Hallándose por entonces en Saint Etienne el inspector de las minas de Loira, M. Beauvier, tuvo ocasion de ver funcionar el aparato. El hábil ingeniero sospechó la importancia del descubrimiento, y llevó á Thimonnier á Paris. En 1831 la casa de Germar Petit y compañía, de que Thimonnier era director, estableció en la calle de Levres un taller de ochenta máquinas de coser para la confeccion de vestuarios militares.

En esa época, lejos de aceptar las máquinas como instrumentos auxiliares, los obreros no veían en ellas más que competidores peligrosos, que frecuentemente eran destruidos en los molinos.

La máquina de Thimonnier tuvo la suerte de las otras, viéndose el inventor obligado á huir. El motin reprimido dió lugar á condenas. Algunos meses despues la muerte de Beauvier ocasionó la disolucion de

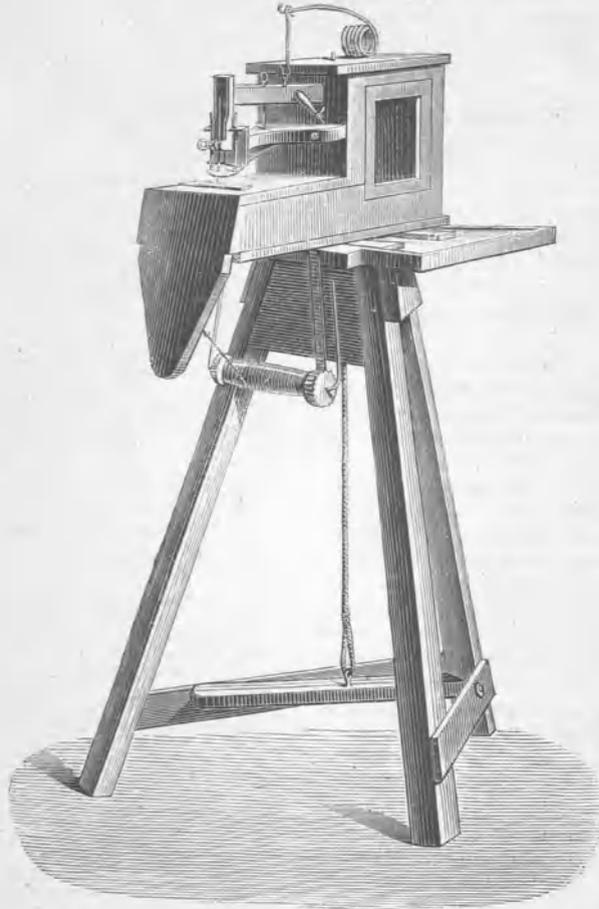
la Sociedad. Thimonnier volvió á Amplepuis en 1832.

En 1834, nuevo viaje á París; Thimonnier trabaja á hechuras, como oficial de sastre, con su máquina de coser, buscando perfeccionamientos.

En 1836, exhausto de recursos, vuelve á tomar el camino de su país. Esta vez anda á pié con su má-

quina al hombro, y para vivir en el trayecto hace funcionar su aparato como objeto de curiosidad.

De vuelta á Amplepuis, Thimonnier construye máquinas y vende alguna en las cercanías. Pero el solo nombre de *costura mecánica* acarrea tal desdoro al sistema, que nadie quiso adoptarlo.



La primera máquina de coser.

En 1845 (un privilegio le consignan), la máquina de Thisandier había logrado dar doscientos puntos por minuto. En esta época el inventor se asoció á M. A. Magnin, de Villefranche (Ródano). La casa establecida en esta ciudad fabrica máquinas de coser al precio de cincuenta francos.

El 5 de Agosto de 1848 obtiene, en union de M. J. M. Magnin, un nuevo privilegio de perfeccionamiento. El aparato se llamó *coso-bordador*, pudiendo hacer cordones, bordar y tejer toda clase de tejidos, desde la muselina hasta el paño y el cuero, y habiendo alcanzado la velocidad de trescientos puntos por minuto.

Una aguja giratoria permite bordar círculos y festones sin volver la tela.

El 9 de Febrero de 1848 la casa había tomado ya patente inglesa para su máquina, desde entonces construida de metal y con precisión.

La revolución de 1848 detiene de nuevo otra vez los proyectos de explotación; Thimonnier va á Inglaterra, donde cede su privilegio á una Compañía de Manchester; pero no permanece allí más que algunos meses y vuelve á Francia.

Enviada á la Exposición universal de Londres, en 1857, la máquina de Thimonnier, por una increíble fatalidad, queda en manos del corresponsal, no lle-

gundo á la Exposición hasta después del exámen del Jurado. En el lugar que debía ocupar se registran los primeros ensayos de perfeccionamientos realizados por los americanos, y las máquinas de dos hilos y de lanzadera de Elias Howe.

Desde 1832, Thimonnier habia ensayado este último género de máquinas, del que se ocupaba todavía en 1858. Pero todo habia ya concluido. Treinta años de luchas, de trabajo y de miseria le habian aniquilado. Thimonnier murió desgraciado en Amplepuis (Ródano), el 3 de Agosto de 1857, á la edad de setenta y cuatro años.

Todos los ensayos de costura mecánica ántes de él se componian de varias agujas; cada una de las cuales llevaba una hebra. Estas tentativas fueron abandonadas por irrealizables.

La máquina de Thimonnier ha servido evidentemente de tipo á todas las modernas máquinas de coser. (Informe del Jurado de la Exposición universal de París, 1865, pág. 392.)

Esta declaración juzga la cuestion y nos dispense de insistir.

El Jurado la completaba concediendo una medalla de primera clase al *coso-bordador* perfeccionado por M. J. M. Magnin, colaborador de Thimonnier.

La máquina primitiva de Thimonnier dejaba que descar; construída en madera, era puesta en movimiento de tracción directa; cada oscilación producía un solo punto, lo cual es muy diferente de los ochocientos á mil puntos por minuto que se obtienen con las máquinas actuales. ¿Será preciso repetir los servicios que presta este maravilloso instrumento, sus aplicaciones, extendidas desde los vestidos al calzado, á la sombrerería, etc.? Numerosas manufacturas constituyen en Francia y en el extranjero las máquinas de coser por millares y las exportaron por todas las partes del globo. Se puede prever la época en que este aparato, fabricado en las condiciones de baratura que alcanzan hoy los relojes, tendrá su sitio marcado en toda familia. Se puede calcular la hora en que ese trabajo lento, penoso y enervador no se ejecutará más que para zurdidos, composturas, adornos, etc. La máquina habrá tomado por su cuenta las largas horas en que la obrera gasta su vista, su salud, su existencia....

Y ese resultado obtenido es necesario que se sepa á quien debe atribuirse. Nuestra tarea es reclamar el honor para Thimonnier.

LA GRAN CUCARACHA AMERICANA.

Diversas especies de blátidos (ortópteros corredores) son plagas de las regiones cálidas de ambos hemisferios. Estos insectos, que no son carnívoros de presa viva, son en rigor omnívoros, nutriéndose de todas nuestras provisiones secas de origen animal ó vegetal, y hasta de productos industriales, como objetos de encre, telas, papeles, etc. Su cuerpo, muy aplastado, les permite pasar por hendiduras muy estrechas; entrar en los armarios, baules, topes y ca-

jas de madera. Así, en los viajes largos es necesario encerrar en cajas de hojalata soldados, no sólo todas las conservas alimenticias, sino los vestidos, los tejidos, los libros, etc. La voracidad ha demostrado esos blátidos á pesar nuestro: infestan las casas, los almacenes y las naves. Una de las especies más extendidas es la cucaracha americana, *Pteroplatys* ó *Blatta americana*, gran cucaracha de Geoffroy, el antiguo historiador de los insectos de las colecciones de París. Tiene de 28 á 32 milímetros de longitud; es de un color rojo ferruginoso, más ó menos claro; tiene antenas largas y robustas, con dos impresiones laterales ferruginosas sobre el disco del caxelero, el cual es de un tono más claro. Los dos pares de alas (pseudóclitros y alas membranosas) están bien desarrolladas en ambos sexos, y sobresalen del abdomen cuando están plegadas sobre el cuerpo en el reposo. El abdomen termina por apéndices muy pronunciados: un par en las hembras (placas subanales) y dos pares en los machos (placas y estilos).

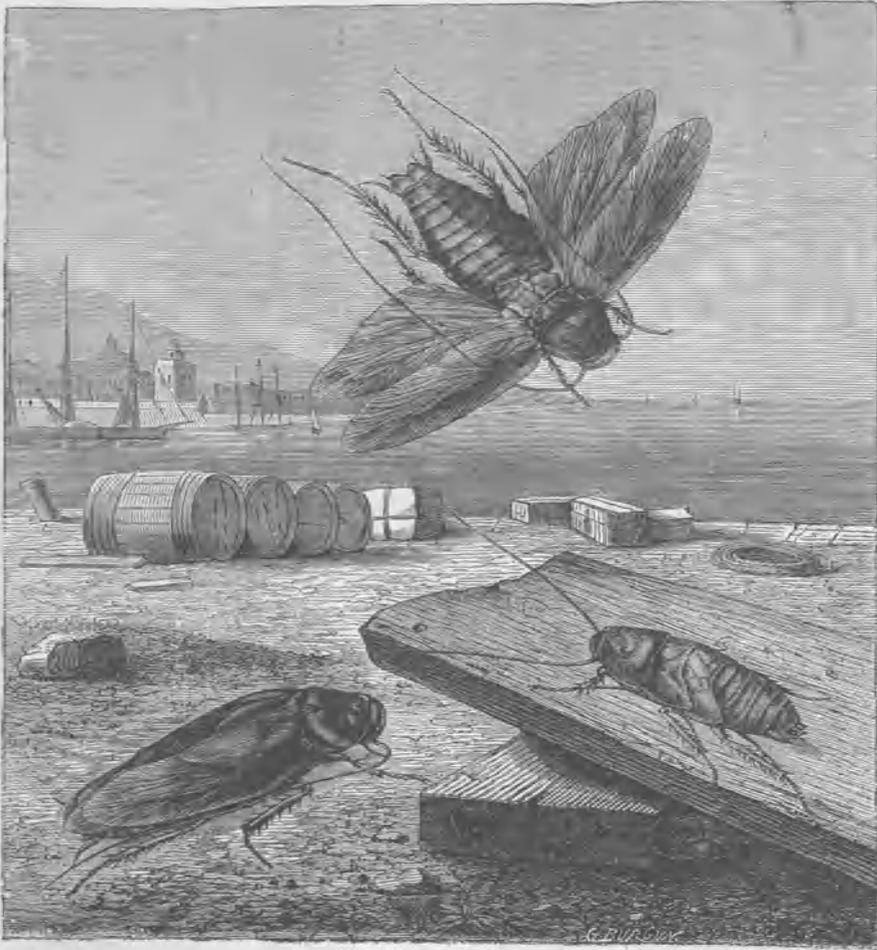
Las larvas, desprovistas de alas, tienen un color más claro; poco á poco se fortalecen y crecen estos órganos, que al principio no pueden funcionar por estar envueltos en un estuche (estado de ninfas). Estos diversos estados no cambian el régimen de las correreras, que empiezan á correr apenas salidas del huevo.

Esta cucaracha americana es la que principalmente infesta los buques y corre de noche por cima de los pasajeros dormidos buscando los restos de azúcar en sus labios, si han bebido agua azucarada, y royéndolos las uñas de los pies.

Se la encuentra en España, Francia, Bélgica, Inglaterra, etc., en los invernaderos, los almacenes de pieles, las refineries de azúcar, los docks, etc. Dichosamente no penetra en nuestras casas, como su congénere la correrera de las cocinas (*Pteroplatys orientalis* ó *Blatta orientalis*), conocida vulgarmente con los nombres de cucaracha, correrera, curiana. Su tamaño, mucho mayor que el de esta, haría de ella un objeto de repugnancia y hasta de espanto. Se ha hecho cosmopolita, pues los buques y los productos coloniales la han diseminado por el mundo entero.

Esta gran cucaracha es perseguida en las colonias francesas, así en las Antillas como en la isla de Reunión, por himenópteros de cuerpo estulto y de un hermoso color verde metálico, pertenecientes á los géneros *Chloris* y *Ampulex*. Pican en el vientre de las curianas, las adormecen con su panzofía y las arrastran á sus nidos, donde las hacen entrar, comprimiéndolas como en la hilera y arrancándolas á veces las patas ó las alas; de este modo proporcionan á sus larvas una presa indefensa y siempre fresca.

En algunos puntos donde la correrera americana abunda en las casas, se conservan con cuidado los sapos, que las dan caza con actividad, llegando las señoras á tolerar estos batracios hasta en sus vestidos, en razon de los continuos y vigilantes servicios que prestan. Se puede emplear con ventaja contra la cucaracha el polvo insecticida de pelitre ó de pelitre caucásico, que corre en el comercio bajo el nombre de polvo de Vicat, y que las entumece inme-



LA GRAN CUCARACHA AMERICANA.

diatamente, produciendo su muerte á las pocas horas; es muy fácil convencerse de ello por un experimento tan evidente como fácil de ejecutar y fecundo en resultados.

ANÉCDOTA.

Cierto día se hablaba en una conversacion de la metempsicosis. Uno de los presentes, queriendo pasar plaza de gracioso, dijo que sin ningun esfuerzo creia él en la transmigracion de las almas, que él mismo se acordaba de haber sido una vez el *Asno de oro* de Apuleyo.

— Verdaderamente — le contestó una señora — sois afortunado en cuanto cabe, pues en tantos siglos no habeis perdido más que el dorado.

CHARADA.

Solo una letra es la *prima*,
Segunda es mitad de nada,
 Y siendo el *todo* tres letras
 A izquierda y derecha marcan
 El nombre, bien conocido,
 De una madre que fué santa.

La solucion en el número próximo.

SUMARIO.

GRABADOS.—El prado.—Santuario de Begoña.—La primera máquina de coser.—La gran cucaracha americana.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.

TEXTO.—Keraban el Testarudo, por Julio Verne.—El Tigre blanco, Luis Bonssenardi.—Sin familia, Hector Malot.—Ingleses y españoles en el Polo Sur, Moreno Fuentes.—Advertencia importante.—El prado.—Santuario de Begoña.—La máquina de coser.—La gran cucaracha americana.—Anécdota.—Charada.

MADRID, 1884.—Est. Tip. de los Sucesores de Rivadeneira,
 IMPRESORES DE LA REAL CASA.